

A close-up photograph of a woman's eye, which is a striking green color. The eye is looking directly at the camera. The skin around the eye is fair, and some dark hair is visible on the left side of the frame. The lighting is soft, highlighting the texture of the skin and the intensity of the eye color.

*El perfume
de la
Esperanza*

DOROTHY MCCOUGNEY

El perfume de la Esperanza



Dorothy McCougney

dorothymccougney.com

El perfume de la esperanza

1ª Edición Junio de 2016.

© 2016 Dorothy McCougney

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento del autor.

Diseño de portada: Dorothy McCougney.

Fotografías extraídas del sitio Web [morgueFile](#).

Vector ornamental [seleccionado por freepik](#).

Contact:

dorothy@dorothymccougney.com

<http://dorothymccougney.com>

*A mis lectores,
corazones que están cerca del
mío*

• Capítulo I •

*Howardian Hills, Yorkshire,
Inglaterra. Año 1818.*

Aunque los caballos siempre la habían acompañado, nunca había visto a uno morir de ese modo.

El animal se retorció en el suelo. Sobre la gruesa paja de avena y la tierra húmeda, junto a él, formaba un bollo de

tela la falda de una joven que se encontraba sentada, acariciándole el lomo. Vieja compañera y conocedora de los caballos, sabía que a su amigo le quedaba poco tiempo.

Un relincho corto y falto de energía, como un último adiós, invadió ese cubículo de la caballeriza de los Barham, y ese fue el último sonido que emitió el animal. Cerró los ojos y se entregó a la muerte.

Los pelos del purasangre fueron regados por las lágrimas de Marianne, que se abrazaba a él como si así pudiera retenerlo. A pesar de todo, sabía que se había ido. Al marcharse, los ojos se lo habían dicho.

El señor Mitchell, veterinario conocido de la familia, miraba la escena compungido, desde una respetuosa distancia.

La joven lo miró a través de las lágrimas, como si de tanto observarlo pudiera determinar su verdadero conocimiento y capacidad. Tenía dudas respecto a los tratamientos del académico. Las purgas que había recibido Número Uno, tal era el nombre del animal que ahora yacía muerto a su lado, no le parecían la mejor opción, pero tanto ella como su padre habían preferido poner su confianza en ella. Acaecida la muerte que se intentaba evitar, se preguntaba si seguir su consejo había sido la mejor elección. Quizás... si

no hubieran seguido sus indicaciones...

Quitó la mirada de Mitchell y se irguió del suelo, caminando después con paso decidido, y quizás poco elegante, hacia las afueras de la caballeriza.

Cuando salió del rústico edificio de piedra, ya al aire libre y donde no había testigos, dejó que la poca brisa que paseaba por allí le enfriara la humedad de las mejillas. Sus brazos se mantenían tensos al costado del cuerpo y sus manos formaban puños. Cerró los ojos con fuerza, en el intento de que una momentánea ceguera la apartase de la realidad.

Su padre, el señor Barham, abandonaba la residencia principal y se

acercaba, casi corriendo, hacia ella. No fue consciente de ello hasta escuchar la respiración agitada del hombre en sus cercanías.

—Marianne, ¿qué ha sucedido?

El señor Mitchell salió, con pasos cortos y veloces, de la caballeriza.

—Señor Barham, es difícil determinar qué tenía el animal, pero era algo grave. Se hizo todo lo posible, pero no pudimos salvarlo —dijo el académico.

Marianne prefirió no mirarlo. No estaba segura de que se hubiera hecho todo lo posible, pero aún prefería otorgarle el beneficio de la duda.

El padre, por su parte, se acercó a su

hija, que mantenía los ojos cerrados y el rostro ladeado, tal vez procurando ocultar las lágrimas, y la abrazó con firmeza, invitándola a llorar sobre su hombro.

Ella agradeció el gesto, utilizando la chaqueta de su padre como destino final del líquido acuoso que desbordaba de sus ojos. Intentaba llorar en silencio, sin llamar demasiado la atención, como siempre había preferido hacerlo, y solo su pecho, que se contraía y elevaba, evidenciaba su estado de congoja.

El padre comenzó a darle palmaditas en la espalda y tensó los labios en una derretida línea de dolor.

—Tranquila, hija. Lo solucionaremos

—la consoló—. Agradecemos su trabajo —le dijo al instante al señor Mitchell, invitándolo con aquella frase a marcharse, dado que ya le había pagado por sus inútiles servicios.

El veterinario los dejó a solas.

—¡Oh, padre, no sabemos qué le ocurrió a Número Uno! —exclamó ella, con la voz húmeda.

—Lo entiendo, hija. Yo tampoco puedo imaginármelo.

Ante las palabras de su padre, se sintió más desolada y entristecida, y creció la intensidad de su llanto. El dolor la atragantaba como si de una gran piedra se tratara, y temió que nada de lo que ellos pudieran hacer fuera a

terminar con el mal que comenzaban a sufrir los caballos de su hacienda.

—Pero lo solucionaremos, hija... Lo solucionaremos... —la consoló el hombre, dándole aún palmaditas en la espalda.

—Eso espero, padre.

Procuró tranquilizarse y creer en aquellas palabras esperanzadoras, aunque intuía que la solución no sería fácil de hallar.



Marianne Barham cogió las riendas del caballo con la mano izquierda y dejó

caer su cuerpo, deslizándose como una hoja en el aire, hasta que sus pies tocaron tierra de modo elástico. Luego se sentó de espaldas al sol agonizante, sin observar demasiado el lugar que tomaba sobre la hierba. Colocó a su lado una cestita de mimbre cerrada.

Había subido hasta la cima de la loma más alta para ver atardecer desde aquel mirador. Lo hacía de modo frecuente al llegar esa hora, y menos a menudo al amanecer. Observó primero su propia sombra alargada y luego las de la ondulante geografía frente a ella. Las elevaciones verdosas creaban brazos de colores más oscuros que apuntaban hacia el este. Los perímetros de los árboles que formaban bosques

comenzaban a desdibujarse. Las nubes vestían vergonzosos tonos rosados mientras los elementos del mundo inferior comenzaban a apagarse. La contemplación de aquel paisaje, tan místico como familiar, le resultaba reconfortante, aunque en esos momentos no fuese suficiente para soplar la sombra que la cubría.

Suspiraba pensando en todo lo que había ocurrido durante el último tiempo en la granja de su familia, durante muchos años exitosa criadora de los mejores ejemplares de carrera de Inglaterra. Sus caballos, los animales que más quería entre todos, estaban muriendo.

Como si ello no fuera suficiente, de

algún lugar del pueblo que ella no podía imaginar, había surgido una voz que contaba una historia espeluznante sobre la señora Parsons. Esta historia incluía a su familia, como si los fantasmas pudieran andar arrastrando sus cadenas y sus penas para regresar a vengarse de aquellos que nunca les han hecho daño.

La leyenda, famosa entre la gente de los establos, no le resultaba creíble. Había conocido a la señora Parsons, y no había sido la persona que la historia contaba. Era cierto que la muerte desgraciada e inesperada de su hijo de diez años había resultado muy dolorosa para ella. Podía imaginar el momento en que el niño era expulsado de la montura y el instante posterior del impacto, y se

condolía de ello. También era cierto que luego de ese episodio no había vuelto a ser la misma, que su ánimo y carácter se habían resentido y que, incluso antes de morir, su espíritu parecía estar en otro lugar. Sus ojos se habían vaciado de alegría y había declarado en público que no volvería a casarse, puesto que no deseaba tener más hijos, lo que había provocado muchos comentarios a media voz, algunos apesadumbrados y otros azorados.

Pero todo ese dolor, puesto de manifiesto en esas formas, era lógico y esperable, y no explicaba por qué su supuesto fantasma estaba matando a los caballos de la estancia de los Barham. No podía imaginar a la señora Parsons,

que había sido una esposa y madre tan devota, causando daño.

La acuciaba todo este cúmulo de dudas que se había guardado para sí. No podía estar segura de ganar la batalla porque no sabía qué era aquello contra lo que combatía. Aun así, no se rendiría.



Thomas Ollerton había salido a recorrer los parajes de Yorkshire, luego de haber vivido tanto tiempo lejos de aquel lugar.

Se encontraba de visita en la residencia en la que había nacido y

crecido; la que ahora habitaban sus hermanas, solteras las dos; y sus padres, a los que les costaba mucho asimilar la idea de que su hijo se hubiera vuelto un hombre ciudadano, y prefiriera Londres al único lugar que ellos podían llamar hogar.

Llevaba dos años sin pasarse por allí. Era magistrado de la corte de *High Street* y había elegido establecerse finalmente en Londres, aunque no podía decir que la vida de ciudad le sentara tan bien, después de todo. Los únicos motivos por los que se asentaba en la capital era porque allí se producían muchos delitos en cuyos juicios tenía que participar, y porque en esa ciudad se encontraban las principales cortes.

Era un ávido descifrador de misterios. Cuando no los tenía, se sentía como el adicto al que le han quitado la droga: sin poder dormir, sin poder comer, y en algunos casos sin poder hacer nada más que ir y venir de un lado a otro de su sala.

La ansiedad lo consumía, pero era un hábil artesano de sonrisas. Aprovechaba su boca mediana y delicada y sus dientes agradables y perfectamente alineados para obsequiar con las mejores que pudiera ensayar. Con sonrisas tapaba todo el mundo oscuro, de seres demoníacos y espectros del mal, de humanos de verdad que no tenían cuernos y de demás deformaciones de la naturaleza humana, que hacían

aquelarres divirtiéndose en su cabeza.

La brisa de la tarde le mecía ahora el cabello castaño claro lacio, escaso y compuesto por hilos finos, que se había dejado crecer hasta el nivel de la nuca, sobre la línea de los hombros.

Sus ojos de color avellana, sagaces como los de un águila, distinguieron algo pequeño y claro que flotaba sobre una loma cercana.

Se iluminó la luz de una ilusión. La ilusión de dejar de pensar en lo extraño que se sentía allí, en la cada vez más tirante relación con su padre, en la necesidad de acción intelectual que lo consumía; la ilusión de abocarse a la experimentación con las personalidades

de los habitantes del campo.

Llevaba ya una semana en Yorkshire y no había podido ver a nadie más que a sus hermanas, sus padres y uno que otro arrendatario que trabajaba la tierra. Se dijo que no le vendría nada mal un poco de conversación de alguien que no tuviera su misma sangre ni estuviera relacionado con la finca de su familia. Si aquella persona era de por allí, era muy probable que la conociera. En caso contrario, iba a tener que esperar a ser presentado.

Después de todo, aquello que había en el horizonte parecía ser una señorita, y las personas de su familia ya habían sido analizadas durante tanto tiempo, que podía intuir qué dirían y harían al

momento siguiente. No constituían ningún tipo de enigma para él. Su mente anticipaba el sabor de una nueva emoción.

¿Quién sería? ¿Soltera o casada?
¿Hermosa o fea? ¿Qué hacía sola en ese mirador?



—No puede ser —se decía Marianne en voz alta—. No puede ser ella.

Seguía sentada sobre la hierba, en la misma loma. No se había dado cuenta de que un hombre estaba apeándose de su caballo con sigilo, como quien no quiere interrumpir la conversación secreta

entre dos personas y considera mucho más jugoso el acto de husmear.

—Quiero creer que no lo haría, pero no puedo encontrar otra explicación. Los caballos en nuestra granja comenzaron a enfermar al poco tiempo que ella murió —se dijo la joven, acodada en su rodilla y con la cabeza algo ladeada y apoyada en la extensión de los dedos de su mano derecha.

Thomas Ollerton se acercaba, controlando el sonido producido por sus botas de montar al rozar el césped.

—Si la señora Parsons fuera capaz de tanta maldad, debería desconfiar de todo lo que supongo sobre los seres humanos...

Marianne vio aparecer unas botas altas a su lado y dio un pequeño respingo.

—Debería desconfiar, señorita Barham —le dijo una voz con un leve dejo de autoridad.

Ella abrió sus ojos de color azul verdoso, entre asustada y azorada, y le dedicó una mirada plena.

Thomas la miró de otro modo, de un modo analítico. Le recorrió el cabello rizado color castaño oscuro, la piel clara, la forma triangular de su rostro, las mejillas deliciosamente sonrosadas, el cuerpo mediano, nutrido y delicado, ese vestido desgastado que no se correspondía con su posición social...

—Señor Ollerton... Me asustó.

Marianne procuró incorporarse para saludarlo con cortesía, pero él se lo impidió con un gesto de la mano, y ella volvió a sentarse. El caballero realizó una breve inclinación.

—Discúlpeme usted, señorita. Nunca he sido bueno para las presentaciones. No quise detener el discurrir de su mente. Me encantan los acertijos y también me encanta poder escuchar en voz alta cómo piensan las personas. Estoy acostumbrado a escucharlas sin que hablen, pero escuchar a alguien pensar en voz alta es una manera más de demostrarme que estoy de vacaciones, lo cual debería considerar como algo bueno, aunque no pueda.

Ella lo miraba como se mira lo extranjero. Él tenía los brazos cruzados detrás de la espalda y buscaba señales de comunicación por parte de Marianne, pero solo encontró las de asombro.

Era muy difícil para Thomas deducirlo, pero su presencia la atemorizaba. Él era el magistrado Thomas Ollerton y ella no podía hablar de nada más que no fueran animales de granja, su gran pasión, con especiales conocimientos sobre caballos. ¿Cómo iniciaría o continuaría una conversación con alguien así? Allí, erguido a su lado, una rodilla levemente flexionada, mientras miraba hacia las lomas más bajas y las plantaciones, parecía todavía más alto e imponente de lo que era.

Thomas carraspeó de modo poco natural.

—¿Podría sentarme a su lado, señorita?

—Por supuesto.

Marianne movió la cestita en la que había llevado fruta para hacerle un lugar, pero él no aprovechó el espacio cedido y se sentó a una distancia más que respetuosa.

Marianne procuró tranquilizarse, ya que sabía que él no podía ser una amenaza. Sus familias habían sido vecinas desde hacía años y se conocían bien. Aun así, cierta pequeña serpiente de la inquietud reptaba dentro de ella.

—¿En qué cosas estaba pensando, señorita Barham? ¿Qué les está pasando a sus caballos y por qué habla de una mujer muerta?

Marianne tardó un tiempo en encontrar palabras para responder.

—Es sobre un problema que estamos teniendo en la hacienda...

Thomas esperó con ansiedad que continuara, mientras la miraba con aire interrogativo, pero ella no dijo nada más.

¿Cómo le iba a contar algo tan trivial a alguien que resolvía crímenes horrendos y sangrientos en Londres? No le podía interesar ningún aspecto de semejante problema campesino.

—Bien... y ese problema en la hacienda tiene que ver con caballos, por lo que escuché y por lo que imagino...

—Así es —Marianne hizo descender su mirada hacia el suelo, y su rostro evidenció un inquieto dolor interior.

Un nuevo silencio se instaló entre los dos, entrecortado por el sonido de la brisa de la tarde, que pasaba a ratos entre ellos y a su alrededor, dejando uno que otro cabello despeinado y un olor sutil a hierba salvaje húmeda por la llovizna de la noche anterior.

Pero la mayor expresión de expectación de Thomas se manifestó cuando ella sacó de su pequeña cestita una manzana deliciosamente roja y

brillante y se dispuso a comerla.

—¿Desea una manzana, señor Ollerton? —le preguntó, con el rostro todavía apesadumbrado y un gesto cortés.

—No, señorita —sacó su reloj del bolsillo y comenzó a jugar con él en su mano, como hacía cuando estaba nervioso o pensativo.

Marianne se dedicó a masticar su fruta con mucha lentitud, mientras Thomas la miraba de modo fijo. Su interés se posó en los labios, la fruta y la fricción entre ellos.

—Antes que una manzana, preferiría un poco más de comunicación... si no le parece mucho pedir de mi parte.

Lo miró, y en esa mirada le dijo que recién había comprendido lo de su intento de conversar con seriedad sobre el misterio.

—Oh, disculpe, señor Ollerton... No pensé que a un hombre como usted, un londinense del que no sabemos hace mucho por aquí, le interesaran estos temas tan... campesinos...

—¿Hace cuántos años que no me ve, señorita Barham?

Ella hizo bailar sus ojos hacia arriba y luego hacia un lado y el otro.

—Creo que hace dos años.

—No es tanto tiempo como para que me trate como un extraño, ¿no cree?

Thomas le dedicó una de esas sonrisas donde lucía su perfecta dentadura, de esas que parecían una invitación.

Ella supo que si le sonreía así era capaz de sacarle en ese mismo momento toda la información que pudiera tener, aunque le fuera a resultar poco interesante. Se sabía sensible a las sonrisas de manera especial, y nunca había conocido ninguna como la de Thomas Ollerton. Se trataba del gesto de ese hombre que cualquiera podía recordar, incluso aquel a quien no fuera posible retener ninguna otra característica de su rostro.

—No... claro... es que...

—Señorita, cuénteme qué sucede con

sus caballos, por favor. Me gustan los enigmas.

—De acuerdo —Marianne miró su mitad de manzana mordida y suspiró—. El problema que tenemos es que están muriendo los caballos de nuestra hacienda. Mueren de a uno por vez. No sabemos bien qué está pasando. Nadie puede decirnos qué tienen nuestros animales... quizás se estén contagiando... Lo extraño es que solo mueren caballos y que la muerte de la señora Parsons es muy reciente.

Lo miró expectante. De algún modo, esperaba su permiso para continuar la historia.

Él asintió con la cabeza, entendiendo

su pedido.

—Y como el hijo de la señora Parsons murió luego de caer de un caballo, lo que se dice ahora en los establos de mi padre y de algunos otros vecinos que lograron enterarse de la situación es que el fantasma de la señora Parsons nos está maldiciendo, o que visita a los caballos por la noche para enfermarlos.

Ollerton, con su curiosidad más saciada, guardó el reloj con el que había estado jugando.

—En *Garden Home* no están muriendo los caballos. ¿Esto sucede en alguna otra estancia además de la de su familia?

La joven hizo una pausa larga antes de continuar.

—No hasta donde sabemos, pero eso es lógico...

—¿Por qué es lógico? —preguntó Thomas, frunciendo un tanto el entrecejo.

—Porque coincide con la historia del fantasma. El caballo del cual se cayó el jovencito Arthur Parsons era un potrillo que le había regalado mi padre a la familia. A mi padre le encantan los niños —sonrió—, y ya hace un tiempo que no se veían muchos por aquí, así que sentía una simpatía especial por Arthur. De hecho, le regaló al hijo de Tornado, y Tornado es un gran ganador. Ganó el Epson Derby dos veces.

Thomas emitió un sonido gutural de

asentimiento.

—Comprendo. ¿Los caballos amanecen enfermos?

—Sí, o enferman en las primeras horas de la mañana.

—¿Cuáles son sus síntomas?

—Pierden energía, decaen, luego ya no se mantienen en pie, luchan durante un tiempo, se retuercen y se quejan por los cólicos y finalmente mueren.

Marianne había visto morir varios caballos, algunos potrillos, a su lado. Había cuidado en su agonía a todos los que había descubierto enfermos.

Tragó saliva como si tuviera que pasar una roca por la garganta. Se le

resbaló una lágrima por el ojo derecho y se la limpió. Luego otra imitó el acto sobre su mejilla izquierda.

Él se dio cuenta de que lloraba. Se quitó el pañuelo de muselina de batista que llevaba doblado sin demasiado esmero en un bolsillo interno de su gabán y se lo ofreció, haciéndolo colgar entre los dedos índice y pulgar.

Ella tomó lo que le brindaba sin cuidado, y al hacerlo le rozó los dedos. Al contacto, sintió dispararse por su espalda una sensación de escalofrío y se le encendieron las mejillas.

—Disculpe, es que quiero mucho a mis caballos...

Ollerton le dirigió otra mirada

escrutadora, como si fuera un libro del que quisiera leer más.

—¿Le gustan los caballos?

Ella sonrió con tristeza.

—Para pesar de mi hermano y de mi padre, son casi toda mi vida. Me paso el día cuidándolos y acompañándolos. Me avergüenza un poco decir esto, pero me siento mejor en su compañía que en la de los seres humanos.

Ollerton hizo una pausa y luego añadió:

—Creo que puedo entender eso.

—Gracias.

Los ojos de Marianne ya no lloraban, mas estaban todavía húmedos.

—¿Por qué me agradece? ¿Por haberle hecho relatar su problema en detalle hasta dejarla compungida?

—No, por entenderme. Es importante para mí.

—Lo de entenderla es algo que escapa a mi deseo personal. Se trata de todo lo proveniente de los seres humanos que he visto y he oído.

—¿No le gustan los seres humanos?

—Me temo que no mucho —dijo al borde de una risa cínica, mientras arrancaba una brizna de hierba que crecía junto a la bota de su pie derecho.

Thomas le dirigió otra de sus radiantes sonrisas, mientras el sol seguía

escondiendo su faz.

—Usted siempre fue extraño, señor Ollerton.

Thomas se señaló el pecho con una mano.

—¿Yo? ¿Por qué?

—A un rato sonrío con todos los dientes y al otro, de repente, dice cosas muy oscuras; algunas crípticas, algunas tristes, otras indescifrables...

Ollerton se mostró un poco inquieto.

—Creo que sí aceptaré su manzana.

Marianne sacó una fruta de la canasta y se la entregó.

—¿Cuántos años tiene? ¿Dieciocho?

¿Diecinueve? —preguntó él.

—Dieciocho.

—La mayoría de las señoritas de su edad y posición, con un padre terrateniente rico, no piensan en los caballos, sino en buscar un buen marido...

—¡Cuán sincero es usted, señor Ollerton!

Ella le contestó sin rencor y sin enojo, con una sonrisa pequeña y triste en la que sus mejillas se pronunciaban mucho más, y que le hacía lucir encantadora.

—Al resto de las personas les molesta mi sinceridad.

—No me molesta la sinceridad. Puedo

tolerarla bastante bien. Incluso podría usted criticar mi peinado, mi vestido, mi belleza, mi manzana y nada cambiaría en nuestra cordial relación de antiguos vecinos. Solo le impediré criticar a mi familia y a mis caballos.

Thomas Ollerton, asombrado, la vio tragar en unos pocos bocados la media manzana que le quedaba por consumir.

—Veamos si es cierto, señorita. Permítame decirle que es usted muy ingenua. No existe tal fantasma; estoy muy seguro de ello.

Ella se tomó la afirmación con todo el humor que su tristeza le permitía. Sabía que el magistrado podía estar en lo cierto.

—Me han dicho muchas veces que soy muy infantil y muy ingenua, y ciertamente tienen razón, los otros y usted. En cuanto al fantasma, ¿cómo puede saber que no existe?

—Lo intuyo por antecedentes. No me ha tocado nunca trabajar con un crimen cometido por algún personaje translúcido que vagara arrastrando cadenas por algún cementerio o propiedad viejos. Siempre se ha tratado de personas malintencionadas.

—Si fuera así, estaríamos asegurando que uno de nuestros vecinos quiere hacernos daño.

—Y seguramente de eso se trata.

—Prefiero creer en el fantasma...

—¿Por qué?

—Porque es una explicación que deja más tranquilo a mi corazón. Si el fantasma fuera real, se trataría del espíritu de una mujer trastornada y dolida por la pérdida de un hijo, impedida por ese duelo de marcharse de este lugar; pero si, en cambio, se tratara de un vecino que quiere hacernos daño... debería asumir que la gente que considero confiable no lo es, y que por el contrario es envidiosa y malvada.

—Señorita...

—Sí, ya sé que es una bobada...

—La lógica no puede acomodarse a sus deseos sentimentales, la lógica siempre deberá surgir del análisis de los

hechos y antecedentes de la situación.

Ella lo miró y luego se encogió de hombros.

—Así es como soy, señor Ollerton. Y aunque me mire así durante horas, no descubrirá más de lo que sabe o lo que le he dicho. No hay enigma en mí. Soy lo que le muestro.

Se levantó de repente y sonrió débilmente a Rayo, su caballo.

—Ya casi ha terminado de caer el sol. Debo marcharme a galope largo para poder llegar a casa antes de que anochezca.

—Yo la acompañaré.

—De acuerdo.

Los ojos de Thomas siguieron con atención los movimientos de Marianne.

Eso del pie izquierdo en el estribo, la mano izquierda en la cruz del caballo, la derecha en la montura y un impulso que parecía proceder de unos pies con poderes mágicos de vuelo, que permitían colocar su pierna derecha sobre la montura, y luego la izquierda, siguiéndola en danza; todo eso lo hacía como un ave arriba a la rama de un árbol, como una inspiración de aire o cualquier otro hecho armónico de la naturaleza.

Ollerton pareció quedarse pensando en algo, porque no hacía ningún intento de moverse.

—Señor, ¿nos marchamos?

—Sí, claro —respondió por fin él, luego de salir con rapidez de su ensimismamiento.



El camino hacia la residencia principal de *Prairie Land*, la hacienda de los Barham, era corto; tanto que desde el mirador podían contarse, sin presumir de una gran visión, la cantidad de puertas y ventanas de la vivienda.

La mansión daba la bienvenida a los visitantes con un pórtico soportado por cuatro columnas jónicas y decorado en

su cima por un tímpano. Contaba con tres plantas y muchas ventanas que saludaban como ojos de noctámbulo. Las aberturas de la planta baja eran especialmente alargadas, al albergar las habitaciones del área social, mientras que las de los otros pisos descendían en longitud.

La historia del nombre le había sido contada siendo un niño, pero aún la recordaba. A pesar de estar ubicada en *Howardian Hills* y estar rodeados de colinas, la propiedad de los Barham casi no contaba con ninguna, y el tatarabuelo de Marianne se había burlado de su propia imposibilidad de construir su casa en un lugar elevado llamando a aquella propiedad *Prairie*

Land, tierra de llanura.

El lugar no había perdido nada de esplendor durante el último tiempo. Sus moradores tampoco.

Marianne Barham siempre lo confundía. Nunca habían logrado establecer una relación de amistad estrecha, y el único motivo era esa irritante sensación de que algo de ella le molestaba, esa inquietud que la joven le producía y que le impedía sentirse en paz. Todas esas incomodidades habían aumentado con el pasar de los años, a medida que él perdía cada vez más su juventud e inocencia y ella iba ganando encanto y jovialidad.

Ahora, con veintiocho años, se sentía

como un contemporáneo de su tatarabuelo, y le indignaba que la joven actuara como si estuviera a medio camino entre la niñez y la madurez. No sabía bien por qué, pero esa inocencia excesiva le molestaba. Sus conceptualizaciones del mundo estaban destinadas a chocar de frente, como las rocas que esperan los embates del mar.

Todo ese malestar, producto de su propia mente, aumentaba cuando se encontraba fuera de sí mismo, mirándola como un adolescente atolondrado. Había sufrido pocas veces tal nivel de evasión, pero con el episodio de la manzana se había vuelto a repetir la misma historia.

La había escuchado rasgar a trozos y masticar la fruta. Podía casi sentir los

dientes resbalando por la superficie porosa. Se había concentrado en sus labios, como si ya no le importara tanto lo que tuvieran que decir. El aroma a manzana los envolvía a los dos. ¡Y aquello era una completa locura! Que ese ser, si no era un ángel, era un demonio con un excelente disfraz; y ninguna de las dos categorías era compatible con él.

Había tenido sus ojos clavados en ella durante todo el tiempo compartido en el mirador, intentando descifrarla. No había nada más que lo que le mostraba, ningún tipo de complejidad agregada. Lo que ella le había dicho, a modo de análisis personal, era cierto.

Thomas no pudo obtener más

información durante ese viaje. La señorita tenía por único objetivo arribar rápido y puso al caballo a correr como un viento tormentoso.

—Le agradezco que me haya acompañado —le dijo ella al llegar a destino.

—Ha sido un gusto para mí.

Thomas le dedicó otra de sus sonrisas preparadas para cautivar, cuando Laurence y George Barham, padre y hermano de Marianne respectivamente, salían de la propiedad por la puerta principal.

Aunque el padre doblaba la edad del hijo, el vínculo familiar entre ambos era innegable. El mismo atractivo y la

misma elegancia, más brillantes en el caso del hombre menor.

—Es muy tarde, Marianne —le dijo el padre, un señor de frente ancha y sonrisa amistosa.

—Debes volver más temprano. No querrás que se hable mal de ti —le dijo George, tan frío y calculador como siempre.

Thomas se sorprendió por el parecido entre los hermanos. El tiempo que había pasado sin ver a Marianne los había hecho parecer mellizos, a pesar de que George debía tener al menos diez años más.

—Parece que Marianne ha estado bien custodiada, George, no te preocupes.

Nos alegramos de verlo nuevamente en Yorkshire, señor Ollerton —dijo el padre de la joven, con la mirada directa y tranquila de las personas francas y seguras de sí mismas.

—Yo también estoy contento de estar nuevamente aquí. Encontré a la señorita por el camino y decidí acompañarla para asegurarme de que nada le sucediera.

—Se lo agradecemos, señor Ollerton. ¿Le gustaría pasar y platicarnos algo sobre Londres? —le ofreció Laurence, remarcando las ya sobresalientes arrugas de expresión de sus ojos.

—A esta hora ya me esperan en casa y está anocheciendo. Le agradezco, señor,

pero prometo no declinar la próxima oferta. Será hasta pronto.

George no le quitaba la vista de encima y parecía estar midiendo sus pensamientos.

Thomas no se asombraba. Londres lo había acostumbrado a tratar con gente como él. Seguramente estaba ya especulando sobre sus intenciones con su hermana y su fortuna, probablemente intentando deducir lo primero por medio de su rostro y lo segundo por medio de su caballo y de su vestimenta.

Se dijo para sí mismo que no era necesario todo aquello, ya que la señorita era agradable y sensual en suficiente medida para que cualquier

hombre quisiera casarse con ella; y estaba seguro, porque conocía al género humano, de que ya tenía varias propuestas matrimoniales rechazadas, incluso en esas tierras en las que los galanes escaseaban.

—Adiós, señores. Adiós, señorita.

Se marchó de allí al galope. Cabalgar bajo la sola luz de la luna nunca era una buena idea si había posibilidades de evitarlo.

Se dijo que luego vería cómo arreglar los detalles del caso de los caballos con la señorita Barham.

• Capítulo II •

Aquella noche la luna se encontraba casi llena, como si alguien hubiera volcado mucha leche en un recipiente esférico que pendiera del cielo. La figura de Marianne, levemente iluminada por la luz de una vela que llevaba sobre una palmatoria, se alejaba de la residencia de los Barham rumbo a la caballeriza.

Sus familiares y los mozos de cuadra

estaban durmiendo. Siendo la medianoche, ya no había actividad en ninguna zona de la propiedad.

Llevaba varios días realizando aquellas visitas nocturnas: desde que sus caballos habían comenzado a morir. Quería comprobar, antes de irse a dormir, si alguno de ellos lucía enfermo. Era posible que se hubieran ido contagiando uno a uno de algo que todavía no podían descubrir, quizás eran hechizados, o tal vez los amenazaba algún agente menos etéreo. Mantenía la esperanza de que fuera posible salvar a alguna de las futuras víctimas si podía curarla a tiempo.

Aquella no había sido la situación hasta ese momento. A pesar de su buena

voluntad, nunca había podido descubrir la enfermedad de los animales con la prontitud necesaria para salvarlos.

Entró en el establo con el corazón burbujeándole en los oídos, como todas las otras noches. Sentía miedo, pero no quería permitir que eso la detuviera.

Se alarmó al observar un halo de luz emergiendo de un rincón de la caballeriza oculto tras una pared de roca, tanto que su mano tambaleó y estuvo a punto de dejar caer la vela al suelo, lo cual solo podría haber resultado en un gran incendio.

Procuró tranquilizarse.

¿Sería un mozo de cuadra desvelado?
¿Sería el atacante? ¿O Thomas Ollerton

estaba muy equivocado en su comprensión del más allá, y se trataba de la luz fluorescente emitida por un ente espiritual?

Aunque las piernas comenzaban a temblarle, decidió avanzar a paso lento y constante, mientras gritaba:

—¿Quién está ahí? ¿Qué hace aquí?

Un hombre salió a su encuentro con un farol en la mano y los ojos en un gesto de asombro franco. Tenía puesta una camisa blanca y un gabán azul, junto con unos pantalones bombachos con botas altas. Como no llevaba corbata ni chaleco, y que esa informalidad era extraña en un caballero, había tardado un tiempo en reconocer a Thomas

Ollerton.

Con la ayuda de las sombras que la pequeña llama proyectaba sobre su rostro, se veía como un personaje algo peligroso, lo que no sucedía durante el día. Parecía haber ido a visitar el mundo de los muertos, o tener una cierta habilidad de comunicación con otros planos.

—Señorita Barham, ¿qué demonios hace aquí?

Se detuvo donde estaba, recordando que no tenía nada de qué avergonzarse. Se hallaba vestida de manera recatada, aunque su vestido fuera viejo y estuviera un poco raído en las mangas, y estaba parada sobre terreno de su familia.

—Debo decirle, señor, que el intruso es usted. Esta caballeriza es propiedad de mi familia —le dijo con el tono suave que la caracterizaba, y que sacudía cualquier dejo de hostilidad en sus palabras.

Marianne le dedicó entonces una de esas sonrisas que hacía que todo lo demás luciera en apagados tonos sepia.

—Nunca me habían tratado de intruso con una sonrisa tan amistosa... en toda mi vida...

Thomas se acercó más hacia ella. Como antes, parecía querer dilucidar sus pensamientos.

—¿Ha venido a investigar? —preguntó ella.

Marianne frunció el entrecejo de manera infantil, mientras él calaba sus labios con los ojos.

—¿Usted nunca se enoja, señorita? — preguntó Thomas, ignorando la interrogación que se le había dirigido y devolviendo la mirada a los ojos de la joven.

Ella le volvió a sonreír, esta vez con los labios cerrados, de manera tibia.

—Me incomoda que tenga la costumbre de no contestar preguntas. ¿Por qué no habla?

Marianne bamboleó un poco la cabeza, y con ella sus rizos castaños, ya que se encontraba con el cabello sin atar, como solo se la veía en la

intimidación cuando estaba por irse a la cama.

—Y usted, ¿por qué hace tantas preguntas y no está dispuesto a responder las mías?

Thomas frunció un tanto los hombros.

—Supongo que es una costumbre que he adquirido en el ejercicio de mi trabajo y se ha vuelto ya una parte de mí.

Pareció pensarlo un poco y continuó:

—La información, además, da poder a otros sobre uno, y no me gusta dar poder a los demás sobre mí. Por otra parte, la gente con la que trato a diario es de una calaña demasiado baja como para que pueda permitirme la sinceridad...

Marianne suspiró, y el aire que desplazó al hacerlo casi apaga su vela.

—Señor Ollerton, permítame decirle que debería determinar mejor quiénes son sus enemigos y quiénes no. Corre el riesgo de que todos vayamos a caer en el mismo costal de bandidos, asesinos y demás delincuentes similares.

Los ojos de Thomas se veían rojizos, flamígeros. Podía sentir su perfume, luchando por vencer entre los demás olores del establo, compuestos de paja, avena, heno y heces de caballo. Sintió el deseo de acercarse más, para poder aspirarlo en profundidad, sin otra distracción para su nariz; pero sabía que no correspondía hacerlo.

—Creo que no tengo amigos —dijo él con un tono que daba a entender que esperaba que esa fuera la frase concluyente de la discusión.

—Creo que entiendo por qué.

La voz de mando de Thomas quedó apagada. No fue capaz de arremeter contra ese comentario.

Marianne se acercó hacia el puesto donde había encontrado a Ollerton y miró a su caballo preferido, Rayo, el que solo era de ella y solo para ella, el que había acordado con su familia que nadie podía tocar.

Se coló por la portezuela que Thomas había dejado abierta. Varios caballos descansaban sobre la paja de avena.

El animal estaba en un sueño ligero, del que despertó al escuchar los pasos de Marianne. La saludó sacudiendo un poco la cabeza para que se la acariciara, con lo que desplazó en el aire unas cuantas crines rubias.

Era un ejemplar de purasangre joven y bello. Su pelaje, completamente blanco, solo ostentaba pequeñas pintitas negras en algunas zonas del lomo y en la punta de su nariz.

Marianne lo acarició a lo largo su cruz, dorso y lomo.

Corroboró luego la mirada, las patas y la postura del equino, y supo que se encontraba bien. Lo miró a los ojos como hacía siempre, sintiendo una vez

más que tenían una conexión profunda. Si Rayo moría, sería una experiencia muy dura para ella.

Quiso hacer a Ollerton partícipe de la escena.

—¿Le gusta Rayo? Es mi caballo personal. No permito que nadie más lo monte.

El orgullo brillaba en la mirada de Marianne.

Thomas la miró, y luego desplazó su atención hacia el caballo.

—Es un gran espécimen. ¡La felicito por su elección!

Ella siguió mirando y acariciando a Rayo.

—Él me entiende. No sé qué haría si un día lo perdiera. Es mi mejor amigo.

Thomas alzó una ceja.

—¿Usted cree que el caballo la entiende? Yo creo que sencillamente le gusta su buen trato, y seguirá haciendo todo lo que ha hecho cada vez que lo ha recibido.

Ella le volvió a sonreír, pero esta vez no lo miró. Thomas se mordió los labios, en un gesto muy impropio de él.

—Usted definitivamente no se enoja. Si ataco sus ideales infantiles y se sonrío, siento como si me asegurara que no hay modo de hacerla enojar.

—¿Me está midiendo el carácter,

señor?

—La analizo.

—Lo imaginaba —lanzó un pequeño suspiro del que Thomas fue consciente —. Mire, señor Ollerton, yo creo que el ser humano es bueno en esencia, y no suelo rabiar porque los demás no piensen como yo. Podrían estar equivocados, o hablar sin conocimiento, como hizo usted recientemente — Thomas cambió la posición en la que se hallaba parado, llevando el peso a la otra pierna—; o tener razón cuando yo no, o incluso podría suceder que ambos tuviésemos razón.

Thomas dejó salir una gran bocanada de aire que llevaba contenido en los

pulmones.

Marianne decidió no tener en cuenta su rabieta. Había ido para comprobar que los caballos estuvieran bien y finalizaría esa tarea.

Se desplazó a lo largo de los diferentes puestos, observando a todos los animales, uno a uno, y luego a los cubículos apartados, en donde se encontraban los sementales y dos yeguas por parir, y para su alegría comprobó que ninguno parecía afectado por alguna dolencia.

Luego se dirigió hacia donde se hallaba Ollerton y se colocó delante de él.

—Los caballos están bien, por ahora

—le dijo ella.

Thomas la miró fijamente, todavía con el mismo estado anímico en que lo había dejado.

—¿Alguna vez ha asistido a un ahorcamiento?

Sintió que ese hombre se había transformado en una especie de sombra. Sabía que solo era una sensación, pero parecía que su vela se estuviera apagando. El ambiente se amargaba.

—No, nunca he querido participar de semejante espectáculo, aunque sepa que muchos de los ejecutados son culpables de grandes fechorías.

—Si lo hace podrían suceder dos

cosas: aumentar su inocencia sobre el género humano o disminuir. No sé qué sucedería en su caso puntual, pero puedo decirle que cuando ve el horror en los ojos de esos miserables que saben que van a morir, uno se da cuenta de que lo que están sintiendo no es arrepentimiento sino temor de su propio destino.

—¿Dice que los condenados no se arrepienten, ni aunque estén en el patíbulo?

Marianne frunció levemente el entrecejo.

—Sí, señorita. Ha entendido muy bien mi mensaje.

—Creo que eso puede ser cierto para

algunos condenados, pero no para todos. Sus prejuicios podrían estarle jugando una mala pasada, y quizás no solo en este caso.

Thomas la miró y se le hizo evidente que estaba conteniendo una maldición o una frase hiriente. Podía sentir la densidad de la nube de la confianza que aquel hombre tenía en sí mismo, de su seguridad en conocer el espíritu humano, de su afirmada superioridad en experiencia, y percibía todo aquello de modo tan evidente que casi se hacía físico, casi se transformaba en un compañero gemelo que lo seguía a todas partes.

Un sonido extraño los extrajo de sus pensamientos aletargados. El ruido era

como un estornudo que se hubiera querido silenciar, y era claramente humano. Ella conocía el sonido de los caballos y podía asegurar que ninguno de los animales lo había provocado.

Vio a Thomas introducir la mano en el bolsillo derecho de su gabán y sacar un fusil de chispa. Permaneció en silencio. El reflejo de la luz sobre la superficie de acero del arma le causó escalofríos. Se colocó junto a él y le apretó uno de los brazos con sus manos.

—Soy agente de la ley. ¡Identifíquese!

No escucharon nada. Solo sonidos apagados producidos por los caballos.

—A quien esté escondido ahí, repito la orden de que se identifique.

Thomas se acercó al oído de Marianne y le susurró.

—Salga ahora del establo. Vuelva a la propiedad —fueron las palabras que se estrellaron en su oreja, rápidas y calientes.

Quería quedarse con él, donde se sentía protegida, pero hizo caso a la primera orden que se le dio; no así a la segunda. Se mantuvo fuera de la caballeriza, a pocos pasos de la puerta, y buscó un hueco o rendija por donde poder mirar. Encontró un hilo de luz entre dos piedras que formaban parte de una de las paredes de la construcción.

Mientras se dirigía hacia allí pensó que no podía dejar a Thomas solo.

¿Debía llamar a su padre? ¡Claro que sí! Cuando estaba por salir corriendo hacia su casa, una masa negra, que podría tratarse de una persona con una capa, salió corriendo del establo. Sintió que se quedaba sin aire durante unos segundos.

Al instante vio pasar a Thomas, que corría tras el bulto que ella había visto antes. Sin pensarlo siquiera se colgó de su brazo. Era muy peligroso salir a perseguir a alguien en la noche. Los puentes, los ríos, el camino... nada era seguro... ningún paso era cierto si no se podía ver por dónde se andaba. Aunque se trataba de una noche con buena iluminación lunar, no era fácil adivinar dónde había que poner los pies.

—No lo siga... ¡Es peligroso!

Él buscaba zafarse, pero ella apretaba más fuerte. Podría haberla arrastrado, pero era patente que no quería hacerlo.

Cuando Marianne vio que se le escapaba, lo tomó por la camisa y, dada la fuerza con la que él se marchaba, la prenda no pudo más que ceder y deshacerse en dos partes.

Thomas se miró el pecho semidesnudo, por el que afloraba uno que otro vello. Un trozo frontal de su camisa colgaba de la mano de Marianne.

Dio una ojeada en busca de la sombra que había perseguido, pero ya no se la divisaba.

—¡Maldición, señorita! ¿Qué cree que hace?

El hombre rabiaba. Todos los músculos de su rostro se habían tensado. Ella no sabía cómo explicar su actitud sin recurrir a lo que ya le había dicho. Había tenido miedo de que muriera.

—Lo... siento...

Él se acercó más a ella, mucho más. Podía sentir su aliento caliente sobre el rostro.

Thomas guardó el arma, y con el dedo índice de su mano casi sobre la nariz de Marianne y un tono helado y autoritario, le dijo:

—¡Nunca... nunca más se atreva a

detenerme!

Sintió golpeteos en su cabeza, en su corazón, en su estómago. Cuando comenzaron a brotarle las lágrimas se ocultó el rostro con una mano, tomó la palmatoria que había traído con la otra y se fue rápidamente hacia su residencia.

Thomas volvió a mirarse. En su huida acelerada, Marianne se había llevado la parte de camisa que le había arrancado.

Esperaba que nadie estuviera despierto en *Garden Home* a esas horas. El camino entre la puerta de entrada y su habitación iba a tener que recorrerse con prisa. Si alguien lo veía, no le iba a resultar sencillo explicar los incidentes.

• Capítulo III •

La noche fue breve y se marchó apresurada. Había logrado evitar que lo vieran entrar con la camisa rajada.

Muy pasado el desayuno, Thomas ingresó a la enorme estancia donde se hallaban sus hermanas. Quería obtener más información acerca de los Barham, especialmente sobre la señorita y sobre los caballos. Siendo vecinas tan cercanas, era muy probable que supieran

más que él.

La habitación, aunque muy bien amueblada, parecía tener excesivo espacio. La luz del mediodía se filtraba por las altas ventanas que daban al patio frontal. Frente al gran pianoforte se encontraba su hermana Sophia, de veintiséis años, con la que siempre había tenido tanto en común. Estaba procurando tocar una obra de Bach, cuya partitura estaba copiada a mano por la notable caligrafía de su hermana, dado el alto costo de este bien en la época. La interpretación no era buena. Sophia había recibido una excelente educación en cuanto a pintura y música, pero, aunque era su hermana preferida, no podía mentirse que había superado la

mediocridad. No, en esas dos artes nunca lo había logrado.

Sophia era la más hermosa de sus dos hermanas. Como bien él sabía, un idiota del que se había enamorado hacía tiempo le había causado un vuelco total en la vida y era la razón por la que no volvió a desear casarse. Si había un misterio que nunca había podido resolver, era qué había visto su hermana en semejante holgazán. Más le valía al maldito jamás volver a aparecerse por Yorkshire. Huir había sido el único acto inteligente en toda su vida.

Pero la decisión de no casarse había sido solo suya. Se trataba de una señorita con mucho encanto. Era parecida a su hermano en varios

sentidos. Tenía el mismo color de cabello que él, castaño claro en tonos rojizos, pero el suyo era naturalmente rizado. El motivo no era conocido, pero desde hacía tiempo solía llevarlo en un peinado muy sobrio, sin ningún bucle suelto. Él ya le había dicho en varias ocasiones que eso estaba mejor para las viejas institutrices, pero ella siempre sonreía y le respondía que así era más cómodo para ella. Sabía que mentía, claro. No porque fuera necesariamente falso aquello de la comodidad, sino porque no era esa la verdadera razón. Sophia tenía algún objetivo puntual en mente a la hora de esconder su cabello.

Sobre una gran *chaise* de brillantes tonos azulados, que combinaban con el

papel con motivos de firuletes que recubría la habitación, se encontraba su otra hermana, Barbara.

Barbara era la más pequeña, tanto en el sentido cronológico como en el físico, de los tres hermanos. Compartía el cabello de los otros hijos Ollerton, aunque el suyo era un tanto menos llamativo. Su boca era medianamente gruesa, aunque no hermosa, y la nariz ancha y puntiaguda no hacía más que endurecerle los rasgos. Sus grandes ojos color avellana siempre miraban con atención y sus cejas tenían una línea de expresión fuerte. Como era costumbre, Barbara tenía un libro en la mano, y prestaba poca atención a lo que hacía su hermana.

Cuando las botas de Thomas comenzaron a sonar sobre el piso entarimado de la habitación, Sophia interrumpió el concierto y Barbara cerró su libro.

Ambas lo miraron como se mira a quien va a decir algo importante.

—¿Por qué se detienen por mí?

Las hermanas se miraron entre ellas. Sophia le sonrió.

—Discúlpanos, es que no estamos acostumbradas a tus irrupciones —le dijo la hermana mayor, en un tono sin reproche.

—Continúa, por favor.

Sophia volvió a sonreír y continuó con

su actividad de seguir, a duras penas, la partitura que tenía frente a ella.

Thomas se dijo que no sonaba del todo bien, mas era soportable. Después de todo, él no era un gran juez de la música.

Se sentó en la *chaise*, junto a su otra hermana.

—¿No vas a seguir leyendo, Barbara?

—Me siento un poco rara si me observan mientras leo —le contestó ella, mirándolo con rostro inteligente y decidido.

—Entonces podrías tocar el pianoforte con...

—¡No, no! Ya sabes que no soy buena

para el piano. Si Dios hubiera querido eso para mí, no me hubiera dado estas manos —dijo, mostrándolas de momento y escondiéndolas luego, al cruzar los brazos sobre el pecho.

Habían pasado muchos años y Barbara seguía considerando que sus dedos eran demasiado cortos. Las mujeres y los hombres dados a la moda solían tener ese tipo de obsesiones que a él tanto le tenían sin cuidado.

—Tus dedos están bien, pero... de acuerdo. No voy a decir nada más al respecto de la música.

Hizo una pausa y comenzó a jugar con el anillo de su mano derecha.

—He venido a contarles sobre mi

encuentro con la señorita Barham.

Sophia tocó una nota que le hizo doler el oído, y luego dejó el piano y se giró sobre el taburete para poder observarlo mejor.

—¿Has visto a Marianne? —Sophia le sonrió.

—Así es. Hace unos días, cuando salí a dar un paseo, estaba regresando a su casa y la encontré en las cercanías de su propiedad. La acompañé el corto trecho hasta *Prairie Land*, porque ya estaba por caer la noche.

Thomas mintió un poco. No quería que supieran que había pasado mucho tiempo a solas con ella. Eso no era bueno para la reputación de la dama y a

él, como caballero, lo comprometía demasiado.

—Y cuéntanos... ¿qué te ha dicho? —instó Sophia.

Barbara ya había vuelto a poner sus manos sobre las piernas, y se las miraba y rascaba sin prestar demasiada atención a la conversación.

—Me habló de caballos. Parece que le interesan mucho... —respondió Thomas.

Sophia se llevó el dedo índice, levantado, hacia su boca; y dijo susurrando:

—Le encantan, mucho, mucho, pero no debes andar contándolo por ahí. A ella

no le gusta que se hable mucho sobre eso...

Barbara torció la boca en una mueca de ironía.

Thomas rio al ver los gestos tan graciosos, y diferentes, de sus hermanas.

—Escuché que los Barham son excelentes criadores de caballos... —dijo Thomas, para reavivar la conversación que no deseaba concluir aún.

—Así es. Sus caballos han ganado más de ciento treinta carreras a lo largo de toda Inglaterra desde hace veinticinco años —contestó Barbara, que siempre disfrutaba el poder añadir información sustancial y demostrar sus

conocimientos.

Thomas elevó las cejas, con franco asombro.

—Nunca les había prestado suficiente atención —concluyó él.

Sophia le sonrió con picardía, y al momento se arrepintió de haber usado la palabra suficiente, y más tarde de toda la declaración en general. Prefirió seguir hablando él, para no perder el dominio de la conversación, cuyo derrotero final, en caso contrario, ya podía imaginar.

—¿Y qué pueden contarme de la relación entre los Barham y los Parsons?

Ambas hermanas cambiaron el rostro.

Sus rasgos se ensombrecieron.

—Ya debes saber la historia, Thomas, pero no hay nada allí que puedas investigar —le dijo, de modo tajante, Barbara—. No hay ningún misterio. Fue una desgracia. Los Barham regalaron un caballo al pequeño Parsons y éste se cayó al poco tiempo de él, con tanta mala suerte que luego falleció.

Sophia se tapó la boca con una mano.

—Fue un hecho muy lamentable, hermano.

—¿Y cómo están las cosas entre ellos desde ese momento? —preguntó él.

—El contacto entre ellos se ha enfriado un poco. Son vecinos cordiales

y nada más. Eran Bernard Parsons y su esposa quienes más relación tenían con los Barham. Como ya sabes, ella enviudó y la luz de sus ojos era su hijo, el pequeño Arthur. Luego sucedió aquello con Arthur y ella no pudo superarlo. A los pocos meses, también nos dejó. Fue muy triste para todos nosotros. Algunas veces el señor Parsons y su hijo visitan a las Barham. Sabes que el señor Parsons y el señor Barham no se tienen la mayor estima, lo que le juega en contra en sus acercamientos hacia Marianne —Sophia bajó la voz hasta volverla un susurro—. Creo que intenta conquistarla.

Thomas alzó las cejas levemente, sonriendo apenas. En una conversación

de rostros, Barbara bajó y curvó una de las suyas.

—¿Por qué nos preguntas todo esto? Siempre que haces una pregunta o induces una conversación es porque andas buscando información sobre algo.

—Solo quería entender mejor la situación de mis vecinos. Soy un Ollerton también, ¿o no?

Barbara se cruzó de brazos.

—Un Ollerton londinense, querrás decir —le dijo la hermana menor en tono de reproche.

Sophia corrió a sentarse en la *chaise* junto a su hermano.

—¡Oh, no le digas eso, no seas así! —

exclamó Sophia, tomando un brazo de Thomas entre sus manos—. Siempre apoyaremos las decisiones que te hagan feliz.

Thomas obsequió a Sophia con esa sonrisa tan parecida que ambos tenían, y que iluminaba a todos los que la recibían. Su hermana era una de las pocas personas a las que no sonreía de modo planificado.

—Gracias, hermana.

Se giró hacia la menor y le tocó el hombro con el dedo índice.

—En cuanto a ti —la acercó con el brazo que tenía libre—... también te he extrañado.

Barbara respondió recostando la cabeza sobre la de su hermano.



Thomas tenía una gran memoria, y no necesitó preguntar a nadie el modo de llegar hasta la propiedad de los Parsons. Se llamaba *Woodland Park*, y quedaba poco que hiciera honor a su nombre. Recordaba tiempos más verdes y espesos, pero aún había detrás del marco de la casa una cantidad decente de árboles que formaban un bosque y que, al cruzarlo, daban al brazo de un río.

Desde la distancia ya se divisaba una

agradable propiedad de dos pisos, con cinco ventanas saludándolo de frente en el primero y la misma cantidad en la planta baja. Estas últimas eran especialmente encantadoras, con su forma de medio cilindro, sobresaliendo de la línea de la propiedad como si quisieran apresurarse a saludar. Del techo de la casa emergía un número importante de pequeñas chimeneas. A la izquierda se observaba un blanco campanario, apartado, como si hubiera en él vocación de asceta.

Esperaba encontrar la misma hospitalidad de parte de los integrantes de la familia. Los Parsons eran una especie de hilo falso, porque la historia del fantasma no podía ser real, pero al

menos eran un hilo.

Ni bien llegó, pidió hablar con el señor Parsons y entregó su tarjeta de presentación, y hacia él lo condujeron. Lewis Parsons había sido el cuñado de la difunta señora Parsons, y por lo tanto el tío del hijo de ésta, llamado Arthur.

El hombre estaba en su despacho, tratando unos asuntos comerciales, así que le pidieron que esperara en una sala muy agradable, por la que ingresaba una gran cantidad de luz solar.

Finalmente, y pasados ya treinta minutos, cuando Thomas estaba a punto de marcharse, lo condujeron hasta el anfitrión.

Se encontró con un Lewis Parsons más

envejecido, mucho más. En pocos años su cabello se había cubierto de canas. Era un hombre alto y delgado, de cabello abundante y grueso. Su porte era masculino, aunque no especialmente atractivo. Tenía la frente ancha y unas cejas oscuras y bien pobladas. Los ojos marrones habían sido delimitados por varias arrugas depositadas en su párpado inferior.

En cuanto intercambiaron inclinaciones recordó los movimientos ceremoniosos de aquel hombre. Parsons le indicó con la mano que podía sentarse. Thomas así lo hizo, y luego tomó asiento el anfitrión, pero con excesiva lentitud. Su silla poseía un labrado rico y un respaldo sobradamente

alto, como si quisiera dar cuenta de gran autoridad.

"No es ese el medio para expresar poder".

Parsons todavía no lo sabía, pero estaba siendo observado con cuidado. Thomas ya había podido concluir que era muy sobrio para vestir, pero le gustaban los buenos sastres. También que tenía una oreja levemente más pequeña que la otra, aunque saber eso no le fuera a resultar muy útil.

—Y bien, señor Ollerton, ¿a qué se debe el placer de recibirlo en mi hogar?

Thomas se recostó mejor en su asiento, tomando una posición cómoda. Cruzó luego las piernas y colocó las

manos, cruzadas también, sobre ellas; en menos tiempo del que Parsons había tomado para sentarse.

—Señor Parsons, como de costumbre, estoy dándole forma a una investigación...

—Ajá, pues dígame en qué puedo ayudarlo —respondió él, de modo neutral, como a quien no le interesa mucho la cosa, y sin cambiar su postura rígida.

—Antes de continuar, necesito pedirle que me dé su palabra respecto a la confidencialidad de los temas que tratemos hoy aquí.

—Puede contar con eso —contestó Lewis, asintiendo también con la

cabeza.

—Sucede que hemos tenido unas cuantas muertes de caballos en la hacienda de los Ollerton... muertes extrañas... me entiende...

Lewis achicó los ojos en un gesto de confusión.

—¿Extrañas?

—Sí, repentinas. De las que no son explicables con facilidad, de las que el veterinario no puede esclarecer... ha sucedido ya con tres de ellos. Como su familia lleva mucho tiempo en estas tierras y su estancia es grande, seguramente que cuenta con muchos caballos. ¿A usted le sucede o le ha sucedido algo similar?

—No, jamás —respondió el caballero sin más.

—¿Tiene idea de qué les pueda estar pasando a nuestros animales? ¿Alguien le ha comentado de algún caso así?

—No, señor Ollerton. Aquí los animales suelen morir de viejos o de fiebres, si se llegasen a lastimar. No sé de qué más podrían morir.

—De acuerdo. ¿Sabe si a su difunta cuñada le ha pasado algo parecido con un caballo alguna vez?

El hombre entrecruzó los dedos de sus manos y comenzó a moverlos como si estuviera tocando una melodía de un ritmo muy rápido en un piano invisible.

—La única experiencia que mi cuñada ha tenido con los caballos ha sido muy mala, ya que le quitó la vida de su único hijo. Nunca ha tenido una extraña muerte de caballos tampoco, a excepción de aquel que aventó al niño, al que mi hijo dio un tiro certero entre los ojos.

Los dedos del hombre tamborilearon más rápido.

—Fue una desgracia para nuestra familia. El joven y mi cuñada nos dejaron casi al mismo tiempo.

—Sí, conozco lo sucedido. ¿Así es que tiene usted un hijo?

—Sí, así es.

El hombre no parecía dispuesto a dar

más información.

—No lo he visto nunca.

—Usted se fue de aquí hace mucho tiempo, señor Ollerton.

Thomas prefirió no hacer caso a la evidente necesidad del hombre de dejar aquella conversación.

—¿Es joven?

—Sí, tiene veinticinco años.

Thomas hizo un espacio de silencio y se decidió a observar el rostro del señor Parsons. No decía nada, era bastante neutral, pero mostraba tensión.

—Disculpe mi atrevimiento, pero debo preguntarle si le molesta hablar de su hijo.

El hombre comenzó a mover con la punta de sus dedos el tintero que se encontraba sobre el escritorio.

—Últimamente no ha estado comportándose muy bien. Espero en el futuro poder tener muchas palabras de halago para con él, pero es como la mayoría de los jóvenes que tienen la vida bastante solucionada: solo se dedica a gastar más de lo que tiene y a vivir una vida licenciosa.

—Entiendo. No voy a robarle más tiempo. Le agradezco por su ayuda — concluyó Thomas, mientras se ponía de pie.

—No creo haberle prestado ninguna —dijo Parsons, incorporándose y

entregando una sonrisa forzada—. Lo acompañaré hasta la puerta. Quiero tomar un poco de aire.

Hicieron una breve inclinación y ambos caballeros se saludaron, mientras un mozo de cuadra traía a Thomas su caballo.

Para su sorpresa y mientras el señor Parsons aún lo miraba desde el pórtico de la entrada, un joven se acercó hacia él, caminando de modo rudo.

Se trataba de un hombre grueso y alto, con la piel tostada, como si hubiera estado expuesto mucho tiempo al sol. Sus cejas negras gruesas formaban una línea demasiado dura y sus ojos marrones no parecían tranquilos. Tenía

los labios finos en una línea tensa.

Cuando se detuvo frente a él, Thomas ya tenía las riendas en la mano.

El joven pestañeaba en exceso, comportamiento que lo inquietaba. El gran lunar sobre su cuello tampoco le resultaba especialmente agradable.

—Usted es el señor Ollerton, ¿no? —le dijo en un tono calmo, con los brazos en forma de jarra.

Imaginaba que tenía que ser el hijo de Lewis Parsons, por el parecido físico y por la ropa de buen corte. Era imposible que se tratara de un sirviente. Tenía la mano izquierda recargada de anillos. Un anillo en cada dedo, y con unas piedras enormes. Tanta joyería era de muy mal

gusto.

Lewis ya estaba caminando hacia ellos y pronto los alcanzaría.

—Así es. Y usted es...

—Harmon Parsons. Soy el hijo de Lewis Parsons.

—Bien, pues dígame...

—Sé que se dedicaba a hacer investigaciones sobre crímenes vio... — comenzó el joven.

—Harmon, el caballero ya se iba. Déjalo en paz —interrumpió el padre, jadeando.

Era evidente que tenía mucho interés en evitar la conversación.

—Me gustaría escuchar lo que su hijo...

El hombre se interpuso entre ellos dos.

—Mi hijo ha tenido que soportar la pérdida de quien para él era un hermano. La partida de Arthur lo ha afectado mucho. No necesita a nadie haciéndole preguntas precisamente sobre esos temas que quiere olvidar. Le ruego que lo mantenga alejado de sus problemas. Mi hijo tiene que solucionar los propios.

Thomas lo observó con calma durante un rato. Harmon, utilizando el antebrazo, hizo a un lado a su padre.

—Padre, ya no soy un niño. Puedo decidir con quién debo mantener

conversaciones y cuáles de ellas son útiles para mí. Acompáñeme, por favor, señor Ollerton —le dijo Harmon, suavizando un tanto la rudeza de sus movimientos, y comenzó a alejarse del padre.

Thomas decidió seguirlo, y se dispuso a caminar a su lado, llevando a su caballo por las riendas.

—Disculpe a mi padre. Cree que no soy capaz de decidir nada por mí mismo.

Thomas asintió con la cabeza. Harmon tensó aún más la línea oscura y fuerte de sus cejas.

—Sé que usted normalmente investiga crímenes violentos. ¿Corremos algún

peligro en *Woodland Park*?

—No lo creo —contestó Thomas, reticente a dar más información.

Harmon se acercó un poco más y lo miró con severidad. Su pose rígida con las piernas separadas no le gustaba.

—Paso un tiempo considerable en los establos y he oído hablar del problema de los Barham.

Thomas se mantuvo impasible.

—¿A qué problema se refiere, señor?

—Al de la muerte de sus caballos.

—¿Sabe usted algo sobre ese tema?

—le preguntó.

—¡Que la historia de mi tía es una

sarta de patrañas! Eso sé —le contestó, torciendo la boca con desagrado y cruzándose de brazos, mientras miraba hacia otra dirección y respiraba de modo tenso.

Thomas sonrió un poco, sintiendo por primera vez una leve simpatía hacia Harmon.

—Estoy de acuerdo con eso —contestó él.

—Mi tía era una mujer de gran corazón, incapaz de hacer en vida o muerte eso de lo que la reciente leyenda la acusa. ¡Es imposible! Me hierve la sangre de tan solo pensar que se involucre a nuestra familia en todo este asunto —dijo el joven, visiblemente

molesto, sin cambiar los movimientos rudos que, según Thomas ya había adivinado, eran una característica suya.

—¿Tiene alguna teoría al respecto? — le preguntó Thomas—. ¿Quizás algún dato que sea relevante para el caso?

Harmon se mostró pensativo.

—El móvil es importante... — comenzó Harmon.

—De seguro. ¿Imagina el móvil?

—Viene a mi imaginación una persona que podría tener un móvil.

—¿De quién se trata?

—Piers Berney.

Thomas acudió a su memoria y

reconstruyó el rostro del hombre, aproximándose a la imagen que podría presentar en los últimos tiempos.

—Lo conozco. Tiene aproximadamente mi edad. Ha vivido siempre en Yorkshire.

—Sí, en los tiempos recientes también viaja mucho, ya que tiene algunos negocios dentro de la industria textil.

—¿Y qué le hace sospechar de él, señor Parsons?

Harmon hizo un gesto de fastidio.

—Verá, lleva un mes intentando que le vendamos una gran cantidad de caballos a un precio irrisorio. Parece que los necesita de verdad y rápidamente.

El joven parecía estar midiendo la reacción de Thomas, o quizás su inteligencia.

—¿Se los ha vendido?

—No, de ningún modo. No cerramos ningún arreglo por menos valor que aquel que el animal tiene realmente en el mercado.

—¿Y usted cree que podría estar matando a los caballos de los Barham para abaratarlos?

Harmon lo señaló con su dedo índice, y especialmente llamativo era el rubí enorme del anillo que lo adornaba.

—Eso, exactamente, creo. Los Barham tampoco van a regalar sus caballos, pero

en este negocio, cuando se sabe que una hacienda está siendo atacada por una enfermedad, o que los caballos no pertenecen a la estirpe más pura, los precios se desploman. Usted no querría pagar una buena cantidad de libras por un animal que puede morir esta noche.

—Entiendo, pero, ¿tan desesperada podría ser la situación de este hombre?

—Imagínese que quería comprarme diez caballos a cuatrocientas guineas, cuando un caballo ordinario se vende a veinte y uno de calidad a setenta... — contestó Harmon, en todo burlón.

—¡Es ridículo! —dijo Thomas, frunciendo el puente de la nariz, y se hizo un espacio de silencio—. De

acuerdo, ¿se le ocurre algún otro sospechoso?

—No. Por ahora, no.

—¿Puedo preguntar por qué me ayuda?

—No me gustaría que pasara en nuestra estancia lo que está pasando con los Barham —dijo Harmon, con un rostro serio y neutral.

Thomas le devolvió la afirmación, sin ninguna expresión adicional.

—¿Usted ha estado en *Woodland Park* este último mes?

—No, he llegado hace una semana.

—De acuerdo —dijo Thomas—. Le agradezco la información. Lo mantendré

al tanto. Adiós, señor Parsons.

Harmon hizo una inclinación de cabeza.

Thomas subió a su caballo y no dijo nada más. Se marchó tomando una dirección que le permitiera mirar por el rabillo del ojo.

Los dos Parsons pronto se encontraron cara a cara, ya que el padre había vuelto a emprender camino hacia donde se hallaba el hijo. Se mostraban enojados y discutían, eso era claro. El hijo no parecía sentirse intimidado por la postura ni el tono del padre.

Lewis señalaba con el dedo y Harmon negaba con la cabeza y miraba hacia el frente de modo desafiante.

Mientras se iba, vio a un hombre montando alrededor de un circuito nada improvisado un caballo que corría de modo muy veloz. Era un purasangre. Tenía que serlo. Su caballo no alcanzaba esas velocidades.

¿Los Parsons también criaban caballos de carrera? Por la tensa situación en aquel lugar, era evidente que tendría que obtener esa información de los Barham.

Se dirigió hacia *Prairie Land*, ignorando que le aguardaban malas noticias.

• Capítulo IV •

Otra vez... estaba sucediendo otra vez.

Tormenta, una yegua por la que sentía una predilección muy especial, yacía tendida sobre la gruesa paja de avena que cubría el suelo del establo, Llevaba varias horas así, sin fuerzas para permanecer de pie. Se despedía de a poco, como todos los demás.

Marianne, sentada a su lado, le

acariciaba el copete, las crines, la cresta y el lomo. Como había hecho con los otros caballos, la acompañaría hasta el final.

Los ojos caídos y temerosos del animal lo decían todo. Sí, era probable que estuviera sintiendo la misma pena y melancolía de las despedidas que Marianne. Además, Tormenta estaba aquejada por un dolor físico evidente en las contracciones que sus músculos, tensos, regularmente realizaban.

Todos los integrantes de su familia habían intentado convencerla de que tomara algo por desayuno o por almuerzo, pero se negaba. Llevaba varias horas acurrucada allí y solo había aceptado beber algo de jugo que le

habían enviado sin preguntarle.

Thomas Ollerton llegó bien pasado el mediodía, ya que no deseaba interrumpir la vida normal de la familia en horas poco corteses.

Pidió hablar con el señor de la casa y con él se le condujo.

—Señor Barham—dijo Thomas mientras hacía una inclinación de cabeza al ingresar al despacho.

El anfitrión respondió con idéntico gesto.

—Señor Ollerton. Tome asiento, por favor.

Los caballeros se sentaron. Thomas notó al instante un rayo de inquietud en

el talante del hombre.

—He venido con la intención de hablar sobre sus caballos —comenzó Thomas.

Barham colocó un codo sobre el escritorio y apoyó la frente en esa mano, evitando su mirada.

—¿Le interesa alguno de nuestros ejemplares? ¿Desea un purasangre? Es la única raza que criamos. Nuestra especialidad son los caballos de carrera.

—Sí, conozco de la fama de los caballos de carrera de los Barham. No se trata de que desee comprar un ejemplar, aunque debo aclarar que sus animales son grandiosos —Thomas

entregó una de sus maravillosas sonrisas —. He venido a otra cosa. Quisiera hablar con usted sobre el problema que están teniendo con las enfermedades...

Barham se incorporó en la silla, tenso y firme.

—¿Cómo se ha enterado?

Thomas le mostró la palma de su mano, pidiéndole calma.

—No se preocupe. Solo unas pocas personas lo saben, hasta donde tengo entendido. La señorita Barham me lo ha confiado, explicándome que la información era delicada.

Ni era útil ni podía ser más exacto sobre cuántas personas lo sabían,

porque intuyó que eran más de las
deseadas.

Barham suspiró.

—Si hay alguien que conoce el valor
que tienen determinados conocimientos,
es un investigador, así que puede confiar
en mí.

Barham se dejó caer sobre su silla.

—¡Oh, sí, claro, claro! Temí que los
chismes ya hubieran corrido tan rápido
que todo el mundo lo supiera.

—No, no es así. Le explico: su hija
me ha comentado brevemente la
situación y me parece de lo más
interesante. Como no puedo vivir sin un
poco de... enigmas en mi vida —

Thomas volvió a sonreír—, he decidido ayudarlos en la investigación de este caso.

Barham cruzó las manos sobre el escritorio, un poco más relajado.

—Toda ayuda es bienvenida.

—¿Me permitiría hacerle, a estos fines, unas cuantas preguntas?

—Claro, caballero.

—En principio, me gustaría saber si tiene conocimiento de alguien que pueda tenerle recelo u odio, no sé si debería usar la palabra... enemigo.

Barham pensó durante unos segundos y Thomas supo que no estaba fingiendo. Los ojos siempre se elevaban hacia

arriba y a la derecha cuando una persona rebuscaba en sus recuerdos verdaderos.

—No, señor. Los pocos enemigos que haya podido tener están muertos o están presos.

—Bien.

—¿Desea realizar anotaciones? —le preguntó Barham, señalándole una pila de hojas vírgenes que descansaba sobre el escritorio.

—No, gracias. No es correcto que lo afirme, pero tengo una memoria prodigiosa.

Barham le sonrió por primera vez en esa visita, dejando que la pesadumbre se fuese un poco. Thomas todavía juzgaba

esa desazón como excesiva y poco común en su interlocutor.

—Entiendo, por lo que me dice, que no cuenta con enemigos personales.

¿Qué me dice con respecto a contrincantes en los negocios?

—Creería que tampoco.

—¿Sus arrendatarios?

—Tengo una excelente relación con ellos —contestó Barham, sacudiendo la cabeza.

—¿Algún competidor?

Barham exhibió una sonrisa de lado, orgulloso.

—No lo creo.

—¿Los Parsons entrenan caballos de carrera, también? Me pareció ver una pista de entrenamiento en *Woodland Park*.

—Oh, sí, sí, pero es más bien un pasatiempo del jovencito.

—Es decir, que usted no los considera competencia...

—No, en lo absoluto.

—Y dígame... ¿cuál es su opinión personal sobre el señor Parsons? Todo lo que me diga quedará entre nosotros, recuérdelo. Puede ser franco, y debe serlo.

Barham alzó las cejas y las dejó caer rápidamente.

—Ese hombre es extraño. Tiene una buena relación con nuestra familia. Lee poesía, y a veces la recita, con una gracia que muchos otros hombres podríamos admirar, pero es un rasgo que no parece encajar con su carácter general... que se podría describir como —Barham hizo gestos con las manos, como rebuscando entre las palabras—... parco.

—Comprendo. ¿Y qué me dice acerca de su hijo?

—El joven Parsons es un despilfarrador y le gustan demasiado los problemas. Creo que la ausencia de una madre se ha hecho sentir mucho en su vida. ¡Pobre joven!

—Bien. Solo me queda preguntar si han sufrido nuevos ataques, deseando una respuesta negativa.

Barham tensó su boca, en una sonrisa que no era tal.

—No hay buenas noticias. En este mismo momento está muriendo otro caballo.

El hombre mayor se levantó de su silla y se acercó hacia la ventana. A través de ella, su mirada viajaba, entristecida, hacia la caballeriza, donde podía imaginar a su hija sin la necesidad de verla. Suspiró.

—Se trata de Tormenta, una de nuestras mejores yeguas. Es un gran ejemplar. Ha amanecido bastante mal, y

solo ha ido empeorando. Marianne está tendida con ella desde primeras horas del día y se niega a comer. No la podemos sacar de allí.

Thomas sintió como si le hubieran dado un golpe en el abdomen, una patada propinada por una bestia y no por un humano. El atacante le llevaba una clara ventaja y la joven la estaba pasando muy mal, lo que no podía dejar de lamentar con una tristeza visceral que se le antojaba extraña y poco común en su universo de orden meticuloso.

—Tengo miedo de que la salud de mi hija se resienta, señor Ollerton. Sé que no duerme todo lo que debiera y hoy solo nos ha aceptado algo de beber.

Barham lo miró.

—Si es usted bueno extrayendo declaraciones, ¿lo podría ser también convenciendo a personas que se encuentran cerradas a cualquier palabra?

—No puedo hacer un examen justo sobre mi propia persona, pero intentaré ayudarlos, si me lo permite.

Barham asintió con la cabeza.

—Se lo agradecería.

El padre de Marianne condujo entonces a Thomas hasta la caballeriza.



El pecho de Marianne se sacudía, impulsado por un llanto intenso. Estaba algo despeinada. Tenía el rostro y los ojos rojos. Su cabeza reposaba sobre el cuello del animal.

Al escuchar el taconeo de las botas de dos caballeros, se apresuró a secarse las lágrimas.

—Señor... Ollerton.

Él hizo una leve inclinación.

La yegua estaba muriendo. Eso era claro, aun para alguien que no fuera un experto en caballos.

—Hija, debes aceptar algo de comida. Además, ese piso está muy húmedo... temo que no te haga bien.

—No la dejaré ahora, padre.

Barham miró a Ollerton en un pedido de ayuda y se marchó silenciosamente del lugar. Marianne sabía acerca del amor que su padre le profesaba, y de la pesadumbre que le causaba su sufrimiento, pero no le era posible fingir que se sentía bien.

La joven siguió acariciando a la yegua.

No podía asegurar qué hacía Ollerton allí, pero podía suponerlo. Conocía muy bien a su padre. Seguramente le había pedido ayuda, al ver en Thomas una voz más para sumar a su causa. No iba a servir de nada. Su familia se preocupaba demasiado. Ella estaba bien, pero

Tormenta se moría.

—Señorita Barham... debería considerar con seriedad las palabras de su padre.

La yegua pataleó en el aire, con brusquedad, y Thomas hizo un paso instintivo hacia atrás.

Marianne cerró los ojos y aferró los brazos al cuello del animal.

Era claro que la muerte estaba cerca.

—Señor Ollerton, no tengo ganas de comer ni de conversar —dijo ella, con una voz compungida y un poco nasal.

Se negó a seguir exponiendo su dolor, porque deseaba que Ollerton se marchara. Quería estar a solas con

Tormenta, compartir su pesar con alguien que pudiera entenderla. Todos los demás, que no comprendían su mundo interior y la miraban como si hubiera perdido la razón, solamente hacían ruido.

Giró la cabeza, y de ese modo impidió que Thomas pudiera seguir viéndole el rostro. En su lugar, solo observaba una espalda, una nuca y un peinado deshecho.

El animal volvió a patalear.

Él hizo un paso hacia delante y estuvo a punto de hablar, pero no dijo nada.

Dio la vuelta alrededor del ser agonizante y se inclinó, apoyando una sola rodilla en el suelo, junto a

Marianne. Tragó saliva y llevó su mano derecha sobre la unión de las de la joven, que aún abrazaba al animal.

Aquel gesto de compañía la consoló. Las manos de Thomas le resultaban muy cálidas al tacto, justo en un lugar y en un momento donde todo tendía a enfriarse.

Hubo un último pataleo, más leve.

Una nueva lágrima rodó por la mejilla de Marianne. Thomas puso su otra mano sobre las de ella y las asió con más firmeza; luego miró al caballo. Sus ojos no se movían. Había muerto.

—Señorita... ya terminó...

Ella se levantó un poco del cuello de Tormenta, observando por sí misma la

situación. Apretó los labios, deshizo el abrazo, liberándose de las manos de Thomas, y acarició las crines de Tormenta por última vez.

Era hora de decir adiós. Había estado con ella hasta el último momento. Eso mismo quería para su propia muerte: compañía verdadera.

Luego se puso de pie y se secó las lágrimas que todavía le quedaban en el rostro. Miró a Thomas, que también estaba levantándose, giró sobre sus talones y se marchó del lugar, cabizbaja.

No olvidaría su gesto tierno, pero no era el momento de agradecerse. No se sentía con ánimos. Si se decidía a perdonarla por aquello que tanto enojo

le había causado antes, se lo agradecería después.

Él se fue detrás de ella, pero a una distancia prudente, con la que no se fuera a sentir invadida.

En la puerta del establo lo esperaba el señor Barham. Marianne caminaba, ya muy lejos de ellos, hacia la residencia.



—Señor... ¿qué ha sucedido? — preguntó Barham, nervioso—. Marianne no me ha querido contestar.

—Ha muerto. Estaba ya bastante mal cuando llegamos. No le quedaba mucho

tiempo.

—¡Oh, pobre Marianne! Cada muerte que sucede en estos establos es un gran golpe para ella.

—Así parece, pero finalmente demuestra mucha entereza.

Barham miró hacia su hogar. Su hija ya había entrado había un buen rato, pero podía imaginarla dirigiéndose a su cuarto.

—Es una gran muchacha —dijo con los ojos algo humedecidos.

Thomas asintió con la cabeza.

Eso parecía. No sabía si alguna vez había visto tanta sensibilidad. Si había un alma que temblara como una bandera

al viento, debía de ser el espíritu de Marianne.

—Caballero, se ha comportado usted muy bien con nuestra familia. Permítame invitar a los Ollerton a cenar con nosotros mañana por la noche. Me hubiera gustado compartir la cena de este mismo día, pero quisiera homenajearlos como se merecen, y eso requiere determinada planificación.

—No puedo contestar por mis padres, ya que desconozco su agenda. Lo que sí puedo asegurar es que yo asistiré. Se lo agradezco.

Thomas carraspeó.

—Ahora, si me permite... Creo que son momentos difíciles para la familia y

que no soy de demasiada utilidad, así que me marchó.

—Gracias por su ayuda —contestó Barham.

Hizo un gesto al mozo de cuadra para que preparase el caballo de Thomas, que al poco tiempo estuvo listo.

Ollerton se despidió con cortesía del señor Barham, prometiendo que se verían a la noche siguiente.



Thomas llegó, a media mañana del día siguiente, a *Prairie Land*.

Pidió hablar con el señor Barham. Le

dijo al caballero que había salido a dar un paseo y que había aprovechado para concurrir a informar que toda su familia había aceptado la invitación de aquella noche con mucho placer. La cortesía le obligó a mentir un poco, claro. Su hermana Barbara y su padre lo habían aceptado como un duro peso social que debían cargar, dadas las inclinaciones a sonreír a todo el mundo que su hermano e hijo, respectivamente, tenía.

Como la visita se refería a motivos sociales, Barham creyó mejor presentarle a su esposa, lo que hizo orgulloso y encantado. Al poco tiempo, se disculpó diciendo que tenía que revisar unas cuentas y se marchó de la sala.

Cassandra Barham era una mujer muy bella, y por eso o por algún otro motivo indescifrable, no llevaba cofia. Esto era a pesar de que su cabello castaño claro, lacio y fino, ya había comenzado a encanecerse. Sus ojos verdes casi hacían sombra a los de su hija. Su boca era grande, e impresionaba, por su medida y ternura, al hablar. Siendo alta y robusta, era evidente que la composición física general no había sido transmitida a su hija.

A Thomas le parecía una persona agradable y sincera. Se la notaba conmovida por la situación de Marianne. Al mirarlas juntas, comprendía que la hija había heredado muchas virtudes de aquella línea.

Marianne lucía un vestido de un celeste blanquecino, más elegante de lo que era común en ella. La curiosidad sobre le motivo de aquel cambio le carcomía la cabeza.

—Señorita Barham, ¿ha tenido hoy contacto con los caballos?

—Sí, algo. Muy temprano pasé a revisarlos. Todos los que nos quedan estaban bien. Por hoy voy a dejar que los cuide uno de los mozos de cuadra, James.

No podía preguntar directamente por el atuendo, pero había trazado la relación.

Marianne seguía cubierta por un velo de tristeza. Entregaba sonrisas, sí, no tan

radiantes como antes, pero sus observaciones filosas comprendían que las estaba fingiendo. Recordaba el suave movimiento de contracción de los músculos alrededor de su boca y los surquitos que le envolvían los ojos, como ríos que iban a desembocar al mismo mar; sus labios y sus dientes levemente separados, sus cejas apenas caídas. Las sonrisas presentes conformaban una pantomima. Extrañaba las de antes, las abiertas, las del corazón. Cuando Marianne dejaba de sonreír con sinceridad, le parecía que todo se cubría de un hechizo de polvo gris.

La volvió a observar. El mismo peinado, recogido sin formar bucles,

como siempre. ¿Recto? No lo creía. ¿Serio? Tampoco. ¿Práctico? Era lo más probable.

Sus pensamientos se atontaron durante un tiempo, discurriendo entre las suaves ondas naturales de su cabello y sus grandes ojos. Ella no lo miraba con especial atención, pero no hacía falta. Dada la escasez de ese regalo, su recepción tenía mejor sabor; era como si un relámpago iluminara una noche oscura de tormenta, y el efecto de la visión duraba varios segundos.

Cuando se encontró en tan grave estado mental, al borde de la estupidez, se lo recriminó.

"No, no, no, que nunca has sido un

enamorado. Vamos".

Pero, ¿quién podía juzgarlo? Ojos así no se veían todos los días.

Marianne le preguntó sobre sus hermanas y sobre sus padres, inquisiciones a las que él respondió con estoicismo y mucho tino. Tampoco dudó en regalar las grandes sonrisas que a todos conquistaban, y que, según había observado, ya habían tenido un efecto positivo también en la señora Barham.

Esa familia le caía bien. Excepto el hermano de Marianne, al que todavía no descifraba en profundidad.

Pronto se acabaron los temas de conversación y se vio obligado a marcharse. Lo despidieron con cortesía

y Marianne decidió acompañarlo hasta su caballo. Pasaron la mayor parte del camino en silencio, hecho que lo inquietó sobremanera.

"Claro, ella es una joven de pocas palabras".

—¿Ha venido a mi lado para custodiarme? Si es así, espero que traiga una pistola de manguito, al menos. Sino, hábleme, por favor —dijo él, mientras le entregaban las riendas de su caballo.

Luego le obsequió una de sus consabidas sonrisas.

—No quería custodiarlo. Usted sabe cuidarse bien —dijo ella, en el tono en que lo haría una niña—. Quería agradecerle por acompañarme durante el

mal momento que viví ayer.

Ella le dedicó una pequeña sonrisa, pero era sincera, y se sintió bendecido por ella.

—No me agradezca un poco de humanidad, que me hace sentir una estatua de mármol.

Subió a su caballo y continuó, mirando hacia el horizonte.

—Quizás lo sea, pero no quiero que se haga evidente —continuó él.

—No creo que lo sea. ¿Sigue enojado conmigo?

Él suspiró y la miró. Puso un rostro serio, haciendo acopio de toda su dote actoral, que no era mucha, para parecer

relativamente enfadado. Pero sus ideas le jugaron una mala pasada, y comenzó a descomponer las líneas severas hasta transformarlas en una risa.

—Es que no puedo, no puedo. Me mira como una niña que se ha comido todas las galletas. Por favor, no me mire así. No puedo mantenerme serio.

Ella sonrió, menos apesadumbrada y ya sin tanto temor, pero no dijo nada.

—Es una mujer de pocas palabras, ¿no?

—Es probable que en Londres se hable más.

—Quizás —dijo él.

Suspiró de modo apenas perceptible.

—Esta tarde voy a ir a realizar una visita a Piers Berney. ¿Lo conoce usted?

—Lo conozco, aunque no en profundidad. Hemos coincidido pocas veces.

Él esperaba más información, pero al no recibirla, acabó preguntando, como hacía siempre con ella.

—¿Les ha comprado caballos?

—Quizás una o dos veces. Mi padre podrá responderle con más exactitud.

—¿Hay algo más que me pueda decir de él?

—Me temo que no. ¿Es sospechoso?

—Eso está todavía por verse —le contestó él.

Ella asintió con la cabeza.

Ya no tenía manera de seguir con aquella charla, aunque no deseaba marcharse. Como las excusas se habían terminado, debía dejar a la señorita de los grandes ojos embrujadores.

—Nos vemos esta noche, señorita.

—Hasta entonces, señor Ollerton.

Él se alejó saludando con una mano, de una manera un tanto excesivamente efusiva para dos personas que tenían muy poco contacto. Ese contraste le caló la mente a los pocos segundos, cuando ella dejó de mirarlo, aunque él no hiciera lo mismo.

Otro caballero se acercaba en la

distancia, pero a pie. El paso y la cabeza completamente blanca no le dejaban mucho lugar a duda. Se trataba de Parsons, el padre.

Procurando que no fuera evidente, ralentizó el aire de su caballo. No podía creer del todo lo que veía, pero no era necesario frotarse los ojos. El hombre llevaba una cesta de la que parecían rebosar frutas; uvas, si es que su vista aún respondía como era debido.

Marianne se acercó a recibirlo, y parecía estar muy alegre. Esa sonrisa llena de dientes, que casi podían contarse a la distancia, se abría por primera vez en aquella mañana. ¿Marianne y Lewis Parsons? ¿No podía una joven con unos ojos tan bonitos

conseguir un mejor pretendiente?

Apresuró al caballo. Si la joven se sentía atraída por ese anciano, no era tema de su incumbencia.

• Capítulo V •

El sol no se marchaba todavía, pero ya había comenzado a descender, algo cansado luego de la primera mitad de jornada laboral en aquel largo día de verano.

Una mujer caminaba junto a un gran lago rodeado de arbustos, que refulgía con la luz de aquella hora. Reconocerla a simple vista no era sencillo, ya que llevaba puesta una capa color verde.

Colgaba de su antebrazo una canastita rebosante de manzanas.

Parecía una muchacha de clase baja del campo, pero en realidad no lo era. Su carruaje esperaba a un kilómetro de allí, y escabullirse de su casa no le había resultado nada fácil.

Finalmente arribó a su destino. Se trataba de *Knoll House*, una propiedad más grande que la que poseía el terrateniente promedio, que se elevaba sobre una suave loma. Ya desde la distancia, era evidente que contaba con más habitaciones de las que un soltero, por más amigos que tuviera, pudiera necesitar.

La mujer tomó uno de los dos caminos

laterales, que formaban entre ellos un vértice en la puerta de entrada, pero luego desvió su ruta y se dirigió hacia la caballeriza de la propiedad.

—Melanie, ¡cuán crecida estás! — saludó la recién llegada.

Frente a ella se hallaba una niña de unos diez años, con un sencillo vestido blanco y brillantes cabellos rubios recogidos en un peinado. Sus ojos marrones eran grandes, observadores y curiosos como los de todo niño.

La pequeña le hizo una reverencia. La visita le sonrió.

—¡Padre! ¡Padre! Ha llegado la señorita Barham —dijo la niña, rompiendo la pose formal y corriendo

hacia los establos.

De allí salió un señor alto y robusto, con prendas que no eran elegantes y tenían sus años, pero habían sido bien zurcidas.

El hombre se acercó con paso rápido hacia ella y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Señorita Barham, es un gusto que venga a visitarnos.

—Gracias, señor Bland. He venido porque tengo un problema.

—¿Algún animal enfermo? —le dijo él, borrando, al ver el talante compungido de la joven, la sonrisa que antes le había mostrado.

—Varios, en realidad —contestó ella.



Knoll House quedaba bastante más lejos de lo que hubiera deseado. No lo hubiera reconocido fácilmente, quizás no lo hubiese admitido nunca ante una dama, pero estaba realmente cansado. Tres horas de andar a caballo ya lo habían agotado, y eso había tardado solo en el trayecto realizado hasta allí, sin contar el paseo y la visita matinal a los Barham. Todo era culpa de su resistencia a usar el carruaje, por el único dudoso motivo de que no quería que nadie tuviera prueba de todo cuánto

él hacía, ni siquiera los sirvientes de su propia familia.

No se detuvo demasiado a pensar en la mañana. No quería perder la concentración. Tenía más o menos estructurada en su cabeza la conversación que mantendría con Berney.

El fondo de la cuestión eran los caballos, pero dirigirse directamente hacia allí iba a ser muy riesgoso y solo iba a lograr que le negara su confianza. Tenía un mejor plan.

Mientras se bajaba del caballo, a un costado de la residencia y ayudado por un mozo de cuadra, observó a la distancia un manto verde oscuro.

Parecía un vestido. Miró mejor. No era un vestido, era una capa de mujer. ¿Qué hacía una señorita en la caballeriza? Si hubiera jurado que la única mujer a la que le podía gustar un lugar que olierá así era Marianne Barham.

La idea destelló en su cabeza.

"No, no puede ser".

Observó la canastita que se mecía en la mano de la joven misteriosa, sin importarle la mirada atónita del mozo de cuadra, que ya había tomado las riendas de su caballo y esperaba que se marchara. Era probable que el hombre comprendiera que Thomas estaba husmeando.

—¿Qué extraño lugar para recibir a

una visita! —dijo Thomas, dispuesto a lograr que el mozo hablara, aunque pareciera descortés.

—Es que solo visita a los sirvientes, señor.

El joven se mostró reticente a decir algo más, y él se mostró sin disposición a marcharse. Parecía que lo habían adherido a la tierra.

La joven giró su rostro, aún encapuchado, y pudo verla. El brillo verdoso de los ojos no dejaba lugar a dudas.

"Es ella. ¡Maldición!".

Mientras él elevaba las cejas y mascullaba por la sorpresa y la

frustración, ella le sonreía como si se tratara de una jovencita adorable de un cuento, como si que estuviera allí a esa hora, sola y disfrazada, fuera un hecho de lo más normal.

Puso los brazos en jarra, dejando en claro con la postura, ya que la distancia no les permitía hablar, que desaprobaba lo que ella hacía.

El mozo los miraba sin comprender la situación.

—Disculpe, señor, ¿le ayudo con algo más? —preguntó el mozo.

Él sabía que en realidad quería preguntar: "¿conoce a la señorita?".

—No, nada —respondió Thomas

secamente, y se marchó hacia la puerta de entrada, a la que llamó con golpes repetidos, intentando tranquilizarse. Lo mejor era que Berney no supiera jamás que ella estaba ahí. Era posible que no se hubiera dado cuenta. ¿Había hecho eso antes? Por su comodidad, parecía que sí.

El mayordomo lo recibió con grandiosidad y no tardó en anunciarlo en la biblioteca.

Allí fue recibido por un joven vestido de modo muy elegante, aunque también muy serio. Era bajo, bastante grueso y no parecía tener cintura. Al momento se fijó en sus ojos, que se movían nerviosos en sus órbitas.

—Adelante, tome asiento, por favor
—le dijo el joven, al que le estimaba
una edad de treinta y cinco años, con una
sonrisa.

Thomas así lo hizo.

—Gracias.

—¿A qué debo el honor de su visita?
—le preguntó, apoyando los brazos en
los de su gran silla de madera.

—Le cuento los antecedentes: antes de
ser nombrado como magistrado, me
dedicaba a la investigación.

El hombre asintió con la cabeza.

—Algo sabía al respecto.

—Luego de haber obtenido el puesto,
lo he seguido haciendo, aunque con

menos casos, claro.

—Comprendo.

—Ahora tengo un nuevo cliente, cuyo nombre prefiero reservarme.

Thomas entregó una sonrisa amistosa, que esperaba que sirviera para romper el hielo que había dejado esa frase.

Piers volvió a asentir con un gesto.

—¿Podría hacerle unas cuantas preguntas? —concluyó Thomas.

El hombre elevó las cejas.

—¿Estoy siendo investigado por alguna causa? —preguntó Piers, mientras lo miraba con la misma atención que un perro bien entrenado cuando recibe un reto del amo.

—No, en absoluto —dijo Thomas, evadiendo la declaración de la verdad—. Investigamos a personas cercanas a usted, pero me gustaría poder comprender las relaciones.

El hombre se mostró un tanto menos tenso, pero solo poco menos.

—Haré todo lo posible por ayudar, entonces —respondió el aludido—. ¿Desearía té, señor Ollerton?

—No, se lo agradezco —respondió Thomas, que quería pasar a la cuestión central y poder marcharse con rapidez de allí, llevándose a Marianne en volandas—. Comencemos, entonces... ¿a qué diría usted que se dedica, señor Berney?

El hombre lo pensó un rato.

—A lo mismo que mi padre, su padre y tantos otros señores de aquí. Somos terratenientes, alquilamos nuestras tierras a los agricultores y vivimos de esas rentas. Además, a veces contratamos personas para que trabajen nuestras tierras directamente, y nos valemos de esos emprendimientos agrícolas para aumentar nuestros ingresos. Esto último mancha un poco el nombre de la familia, ya sabe... Ese vínculo con el comercio...

Pareció vacilar respecto a si continuar o no.

—Además, también tengo propiedad mayoritaria en una fábrica textil que se

encuentra en las afueras de Londres, pero no recibo buenos ingresos por ella.

—¿Por algún motivo en especial?

—Sus finanzas no van bien. Los costos han sido altos, y los beneficios, bajos —se encogió de hombros—. Me definiría como un caballero hacendado.

—Bien. ¿Conoce a la familia Parsons?

—Algo, especialmente a Lewis Parsons.

—¿La relación es muy estrecha?

—No, no lo es. Tienen buenos caballos, y a veces compro uno que otro para mi hacienda; otras veces coincidimos con Lewis en alguna partida de naipes. Con Harmon no

apuesto porque está un tanto loco —
dijo, sacudiendo la cabeza.

—¿Loco?

—Sí, si tuviera hermana, la apostaría también. Ese tipo de hombres no se toman en serio la responsabilidad y, para mí, no son de fiar.

Thomas asintió.

—De acuerdo, volvamos a lo de las relaciones comerciales. ¿Usted requiere caballos de ellos muy a menudo?

Se mostró pensativo y parecía sincero.

—Creo que no tan a menudo.

—¿Qué le parecen sus precios?

—Excesivos.

—¿Conoce a los caballos de los Barham?

Tensó levemente la línea de sus labios carnosos.

—Todo aquel que se precie de inglés interesado en los purasangres los conoce, al menos por su renombre.

—¿Les ha comprado algún ejemplar?

—Muy extrañamente. Son carísimos.

—¿No lo valen?

—No sé si algún caballo pueda valer tanto —dijo, suspirando.

Thomas supuso que ese hombre era capaz de intentar economizar hasta los terrones de azúcar para el té.

—¿Usted tiene actualmente necesidad de algunos de esos animales?

—Sí, queremos extender la plantación y vamos a necesitar unos diez para los trabajos de siembra.

—De acuerdo, señor Berney. No le quitaré más su tiempo. Es todo lo que quería saber —dijo Thomas, y a continuación se puso de pie.

El hombre lo saludó con una inclinación y una sonrisa amable, y le indicó a su criado que acompañara al señor Ollerton hasta la salida.



Marianne frenaba el paso todo lo posible. Si se alejaba mucho más ya no podría discernir, siquiera a la distancia, *Knoll House*.

El sendero que había tomado, rodeado a ambos lados de altos árboles de hojas planas y anchas, que la abrazaban con su sombra, era el que, con mayor probabilidad, tomaría el señor Ollerton.

Lo había visto con su cabello suelto. Parecía haberse enojado con ella una vez más, pero era maravilloso ver su melena mecida al viento. Sonrió para sus adentros. Esperaba que ese hombre no adivinara todo lo que había en su mente, aunque desde siempre había tenido la idea de que Thomas podía leer los pensamientos ajenos.

La canasta estaba vacía. Había dejado todas las manzanas al señor Bland y su familia. Los Bland eran gente poco ceremoniosa, y eso le agradaba muchísimo. Eran también cálidos y amables, como sus propios padres. A pesar de su relativa pobreza, se trataba de una familia a la que cualquiera tendría la dicha de pertenecer.

Una liebre marrón pasó a su costado, huyendo. Escuchó los cascos de un caballo y el corazón le dio un brinco. Se hizo a un lado del camino y se giró para observar de quién se trataba.

No. No era Thomas. Vio a un hombre con casaca roja, indumentaria formal del ejército. Tenía el cabello tan rubio que

parecía blanco. No pudo reconocerlo. No era parte de la sociedad conocida de *Howardian Hills*.

Para su lamento interno, se detuvo.

Ella se hundió más en la capucha, si es que eso era posible, temiendo que determinara su identidad.

—¡Qué extraña dama! —dijo el hombre desde su montura.

Ella no le respondió.

—¿Necesita que la acerque a algún lugar? En mi caballo hay lugar para dos —invitó el hombre, señalando la grupa de su animal, un lindo potro gris. Sin embargo, nada más observar al caballo, Mary supo que se lastimaría sin remedio

si tuviera que transportar a dos personas.

—No es un animal apto para llevar a dos —contestó ella—. Le agradezco, caballero, vivimos con mi marido cerca de aquí.

—¡Tonterías! —contestó él, entre sorprendido y ofuscado, frunciendo el entrecejo—. ¿Cuánto podría saber una campesina de caballos?

Desmontó.

—¿Quién es usted?

La mirada celeste del hombre intentaba observar el rostro que se hallaba cubierto, pero no podía. Ella se sentía desprotegida y comprendió que

estaba en un problema. Si el hombre intentaba un ataque, no tendría con qué defenderse. Ya había rasado el suelo con la mirada varias veces en busca de una piedra que pudiera usarse como arma, pero por allí solo había flores silvestres y setas, tal como en los cuentos en los que no hay sangre.

—Por tu edad, debes ser aún bien moza.

Se escucharon los cascos de otro caballo que venía a galope.

Era Ollerton. Se detuvo de repente y los observó. Ella le suplicó, con la mirada, que no la dejara allí; pero quizás eso no fuera suficiente.

—Querido O., qué gran alivio que

hayas llegado —se quitó la capucha que le escondía el rostro—. Creo que me están por salir llagas en los pies de tanto caminar. Pensé que me ibas a encontrar antes en el camino —se acercó hacia él.

Thomas mantuvo un rostro indescifrable y bajó de su caballo. Luego procuró ayudarla a montar. No pudo. Le ganó la presteza en los movimientos de Marianne.

—El señor estaba demasiado interesado en saber quién era yo —le dijo, señalando al joven rubio.

El militar llevó el pecho hacia delante en una pose exagerada y miró a Thomas con desprecio.

—Tiene aspecto de niño rico, pero

ella no —contestó el aludido.

—¿Cuál es su nombre?

—Soy el alférez Blunt.

Thomas alzó las cejas.

—¿Alférez? Ciertamente que saca demasiado el pecho para tener rango de alférez.

—¿Y usted quién es, además del hijito de su padre?

—Thomas Ollerton, magistrado de la corte de *High Street*. Señor Ollerton o Vuestra Merced para usted.

—¿Sabe disparar? —le preguntó el muchacho.

—Oh, por Dios le juro que lo sé —le

dijo Thomas, mientras sacaba el fusil del bolsillo de su gabán para exhibirlo —. ¿No es hermosa? Una Samuel Nock que adquirí hace tres años, pequeña pero hermosa. Cuenta con un solo cañón, pero no necesito más.

Marianne observó la mano del hombre acercándose lentamente hacia la daga que colgaba cercana a su cintura. Ya había perdido toda la tranquilidad ganada hacía unos segundos.

—O., creo que sería hora de marcharnos... —dijo ella, sin poder ocultar el temblor en su voz.

Él la detuvo con un gesto de la mano, indicándole que no debía interferir.

—Creo que la señora tiene razón —le

dijo Blunt, sin retroceder.

Thomas presionó los labios y lo miró de arriba abajo. Guardó su arma.

—Sí, pero deje de asustar mujeres por los caminos.

Se subió a su caballo.

—Si logra que alguna le haga el favor, eso ya es otra cosa —concluyó Ollerton, riéndose de modo abierto de él.

Se marcharon de allí al galope.

Ella siguió mirando al joven rubio, que se había quedado con el rostro encendido como una fresa. Al poco tiempo lo perdió de vista, ya que la vegetación de la zona era espesa.

Ella iba montada a la grupa y a

horcajadas, de otro modo hubiera sido imposible mantener el equilibrio.

Thomas iba delante, mantenía la espalda firme y no le hablaba.

—Señor Ollerton, creo que uno de nosotros debería bajar. Yo lo haré. Podemos lastimar a su caballo con tanto peso. No es adecuado ir de a dos sobre él.

Thomas detuvo el paso del animal. Ella se bajó con la misma gracia que siempre, y él la siguió. Se miraron frente a frente. Sintió enormes deseos de apoyarse contra su pecho y escuchar los latidos del corazón, pero tenía que refrenarse.

—Gracias, señor Ollerton.

—No me agradezca, actúe con consciencia. ¿En qué demonios pensaba? ¿Qué hace vestida así? ¿Lo saben sus padres?

Ella sonrió, sin que la sensación de gratitud pudiera diluirse por esas palabras.

—Usted dice demasiadas veces "demonios" y hace muchas preguntas.

Él lanzó un suspiro profundo.

—Y usted jamás responde.

Thomas se inclinó y colocó las manos en forma de escalón, indicándole así que ella debía subir al caballo. Le permitió ganar esa pequeña batalla, aunque más que asentarse sobre él, saltó.

Thomas siguió su camino a pie, acompañando el aire lento del caballo. Sus cabellos, al ir y volver, golpeaban contra la mano izquierda de Marianne. Estaban regresando por el camino del lago y todo parecía más colorido que durante el viaje de ida. ¿Se estaba enamorando?

—No me ha contestado ¿Qué hacía allí? —insistió él.

—A veces visito a los Bland. Trabajan en *Knoll House*.

—Sí, eso ya pude verlo.

—También sabía que usted iba a venir, así que me pareció ideal aprovechar la ocasión para hacer unas preguntas sobre la salud de los caballos

al señor Bland y al mismo tiempo, si coincidíamos por el camino, tener información fresca sobre su entrevista.

Le sonrió y él alzó la cabeza para observarla, pero su gesto de alegría pareció no ser bien recibido por Thomas. Al momento torció los labios.

—¿Me puede decir qué hay de genial en venir a la casa del hombre que es un sospechoso, después de saber que es un sospechoso?

—No me dijo que fuera sospechoso, me dijo que lo iba a entrevistar.

—Es casi lo mismo. ¿Y si fuera él?

—¿Y si no lo fuera? Es por ahí —le dijo ella, señalando el camino con el

dedo índice.

—¿Qué es por ahí?

—Donde me espera el carruaje.

—Oh, gracias a Dios no voy a tener que estar dos horas discutiendo con usted.

Ella no contestó nada más a esa especie de agresión, pero le pareció que la presión e insistencia de su mirada se incrementaba.

Se mantuvieron en silencio hasta llegar al carruaje. Ella desmontó antes de que él pudiera siquiera ofrecerse a ayudarla.

—Gracias, señor Ollerton. Quién sabe qué hubiera querido hacerme ese

hombre de no llegar usted.

Thomas cerró los ojos y suspiró.

—Es muy insensata —le dijo al volver a abrirlos.

—A veces lo soy un poco —le respondió ella, y se marchó hacia el coche—. ¿Le gustaría volver conmigo en el carruaje? Debe estar cansado —le propuso cuando tenía ya un pie en la escalerita.

Él negó con la cabeza.

Ella se sintió rechazada. No era un ser tan desagradable como para que alguien prefiriese montar que ir cómodamente sentado a su lado. Además, tenían como una hora y media más de viaje.

Allí terminó el intercambio, aunque Thomas volvía por el mismo camino que ellos, cabalgando junto al coche.

En muchos momentos del viaje, tremendamente aburrida, le habría gustado hacerle alguna pregunta por la ventanilla, pero, aunque asomara un poco la cabeza por allí, él ni siquiera la miraba. Mantenía el rostro en una mueca tensa a tiempo constante. Parecía estar enojado.

Se dio cuenta de que no le había hecho ninguna pregunta sobre su entrevista con Berney. Una vez más, Thomas se había salido con la suya y había obtenido respuestas sin entregar ninguna información. Mientras él entretejía todo bien, la jovencita tonta pensaba en los

latidos del corazón.

Prefirió dejar de culparse a sí misma y se permitió dormir. Era un largo día y todavía no había terminado.



Habría sido horrible, francamente horrible, encontrar a Marianne vulnerada en su honor por un maldito que pasaba por el camino. Si el hombre hubiera sido capaz de llegar tan lejos... si ella no hubiera podido defenderse... si él hubiera llegado tarde... todavía no sabía cómo se lo iba a disculpar.

Y era culpa suya, solo suya. Porque él

conocía el mundo y ella no. Porque ella era una jovencita y él ya no lo era tanto. Porque ella era inocente y él no. Y porque él la había visto antes de comenzar la entrevista con Berney y no había hecho lo que correspondía: regresarla en ese mismo momento a su hogar.

La culpa y las más groseras imágenes giraban en su mente. Sí, se había dado cuenta de que ella sacaba la cabeza con interés en conversar con él. Sí, él también estaba cansado y hubiera sido mejor volver en carruaje, ya que había subestimado mucho al viaje, pero los dragones de su pensamiento no iban a soportar ninguna intervención de esa vocecita. No podía estar con ella,

porque era posible que saliera a la luz su lado más violento. Los incendios interiores debían calmarse primero.

El camino se hizo largo y su cuerpo se resintió, molestándolo con dolores en varios músculos.

Aún quedaba la cena. Dejó a su protegida en *Prairie Land*, con la excusa de que el camino era el mismo que luego debía continuar para llegar a *Garden Home*, aunque sabía que de cualquier modo lo hubiese hecho. En ese momento en que la encontraba especialmente vulnerable no iba a conformarse con otra cosa que dejarla en la puerta de entrada de la residencia de la familia.

Salieron a recibirla el señor Ollerton y su hijo, que tenía cara de muy pocos amigos; su madre, que lucía algo preocupada; y el señor Parsons, que también se mostraba acongojado.

Ella explicó rápidamente que todo estaba en orden y que había sido muy bien recibida por los Bland. Además, les comentó que había encontrado al señor Ollerton "de casualidad" en el camino de regreso, y que él los había escoltado hasta ahí.

Todos se mostraron agradecidos, incluso George.

El señor Parsons lo observó con bastante recelo. Quizás porque, al igual que él, era de esos hombres que no

creían en las coincidencias.

Como Thomas no creía en coincidencias, se preguntó por qué siempre coincidía con ese hombre en *Prairie Land*. ¿Era acaso que Parsons no tenía casa propia?

Aceptó con cortesía los agradecimientos y la tímida sonrisa fracasada de Marianne, y se marchó hacia *Garden Home*, donde deseaba que lo esperara una tina con agua caliente y muchos entretenimientos que no tuvieran nada que ver con los Barham.

Pero lo cierto era que el sol ya se marchaba y debía asistir a una cena que se los recordaría.

• Capítulo VI •

Los Barham recibieron a los Ollerton con mucha cortesía, a pesar de que no fueran sus vecinos preferidos. Lo hacían por Thomas, que se había ganado en poco tiempo la simpatía de toda la familia, a excepción de George, que no era dado a las simpatías.

Patience Ollerton, con su pequeña y elegante presencia, ingresó en la sala de los Barham sin pasar desapercibida. Las

ondas de su cabello, alguna vez castaño oscuro, se movían levemente cuando caminaba. Cuando le clavó sus ojos rasgados, de un celeste muy claro, como los de un animal salvaje, Marianne sintió un miedo recóndito, sordo e indeterminado. Suavizaban esta sensación los rasgos pequeños y redondeados del rostro de la mujer.

Gerard Ollerton, hombre alto, de espaldas anchas y pose recta; que se manejaba como si todo el peso de ser inglés tuviera que ser cargado por su persona, destacaba en cualquier grupo, también en el de su familia. Su cabello, castaño entrecano y corto, daba cuenta de su edad. Sus ojos redondos presentaban una línea de caída triste en

los párpados superiores. La hendidura en medio del mentón era su único rasgo facial de simpatía.

Al ver a los dos padres de Thomas juntos, Marianne pensó que era una buena mezcla de ellos. Toda la masculinidad del padre junto a todo el encanto de la madre. Dios era un excelente mezclador de ingredientes.

También había asistido un viejo amigo de la familia, Damien Cotter, un distinguido terrateniente que solía pasar mucho tiempo en Londres y que presumía de alcurnia y maneras muy finas. El hombre tenía poco más de cuarenta años, y gustaba mucho del trato con la buena sociedad. Era de estatura media y cuerpo robusto. El tiempo había

sido bondadoso con él, ya que apenas habían comenzado a aparecer unas cuantas canas en su cabellera negra como el fondo de un pozo. Dada la estrecha relación con la familia de los Barham, y que estos organizaban pocas veladas como esas, se vieron en la obligación de invitarlo. El individuo se veía un tanto extraño entre los integrantes de aquella reunión ya que, siendo soltero, con sus padres fallecidos y con sus tres hermanas felizmente casadas y alejadas de él, no tenía con quién más asistir. De cualquier modo, tampoco le hubiera interesado más compañía de la que había allí; e incluso con ciertas miradas parecía decir que sobraban unos cuantos.

El magistrado se sentó en la mesa junto a ella, para su sorpresa e incomodidad. Ese hombre sonreía demasiado, todo el tiempo, y con unos dientes hermosos. Temía que la descubrieran admirándole el cabello o alguna línea del rostro; y la mirada de su amiga, que no la abandonaba por largos ratos, era siempre incisiva. ¡Ni qué hablar de la de Thomas! Entre los dos hermanos podrían haber conformado un grupo completo de espías. Era imposible ocultarles algo.

Como si eso no fuera suficiente para mantenerla tensa, el señor Cotter le sonreía levemente cuando las miradas se cruzaban, lo que sucedía con frecuencia, ya que se hallaba al frente. Había tenido

la intención de ocupar el otro puesto a su lado, pero Barbara se le había adelantado, ganándole el sitio. A pesar de su supuesta inocencia, comprendía el objetivo de las atenciones que el hombre le prodigaba.

La mesa estaba ocupada, en su parte central, por varios candelabros cuyas velas iluminaban los platos y las manos de los comensales. Bajo las sombras pesadas de aquella luz, todos parecían guardar algún secreto. Hacia el final de la mesa estaban ubicadas grandes bandejas con platos de venado y pescado.

En un momento en que el bullicio invadía la mesa, durante el primer curso de la cena, Thomas aprovechó para

iniciar una conversación, en voz baja, con ella.

—Hoy, mientras me marchaba, vi llegar al señor Parsons.

Ella tragó un bocado de pescado un poco atragantado, y le miró fijamente.

—Así es —dijo sin agregar nada más.

Thomas suspiró. Lucía enojado, y era evidente que luchaba contra ello. ¿Se estaba alterando?

—Señorita, dialogue un poco, si no es molestia.

—Pero es que no me ha hecho ninguna pregunta. ¿Qué quiere que conteste? Vamos, vaya al grano.

Thomas se llevó un trozo de venado a

la boca, lo masticó con rapidez y lo tragó.

—¿Confía en ese hombre?

Marianne le dedicó una sonrisa ladeada, un tanto cínica.

—¿Usted confía en alguien?

—Conteste mi pregunta. Dijo que quería preguntas.

—No dije que quisiera preguntas. Dije que usted quería respuestas y no hacía preguntas. Confío en él, sí; no tengo motivos para desconfiar. Ahora conteste la mía.

—¿Si confío en alguien? —miró a su hermana Sophia, que se hallaba al otro lado de Marianne. Se sonrieron—. Creo

que solo en mi hermana mayor.

—Me sorprende al decirme que hay al menos un destinatario de su confianza.

Thomas tragó otro trozo de carne de venado con algo de tensión.

—Usted la entrega con demasiada facilidad.

Ella dejó caer un poco la línea de su boca y formó arrugas alrededor de su nariz, manteniéndose entre el fastidio y la diversión.

—A ver, dígame qué le sucede.

Thomas carraspeó.

—No me sucede nada. Estoy investigando.

—El señor Parsons no tiene nada que ver con nuestro problema —dijo ella, de modo tajante, porque la sola idea le parecía una necesidad.

—Eso lo voy a decidir yo cuando termine de investigar —contestó él, enfatizando la palabra "yo".

—Como lo desee...

—Para terminar una conversación con descortesía es bastante dada a las palabras, aunque no suceda lo mismo por norma general.

Marianne le sonrió, divertida aún, aunque sin comprender. Parecía que Thomas Ollerton había llegado aquella noche a su casa con la sola intención de entablar una discusión.

—¿Cómo quiere que termine la discusión si me habla en esos términos?
—le preguntó ella.

—¿Cómo puedo hablarle en otros términos? Está tomando mis palabras y mi trabajo de manera ligera.

—No quise hacer eso.

—Pues lo hizo.

—Me disculpo.

Thomas tragó un pedazo de filete de ternera que acababa de llevar a la boca casi sin masticar, empujándolo con un sorbo de vino.

—Acepto las disculpas.

—Pero insisto en cuanto al señor Parsons —continuó ella.

—Le retiro la aceptación de las disculpas.

Marianne comenzó a contener la risa. Tensó los labios y las mejillas se le redondearon más. Eso era lo más gracioso que había escuchado en el último tiempo. Las líneas de su boca, temblantes por haber sido sujetas por la fuerza, y su pecho, que se movía un poco, la dejaban al descubierto.

—¿Se está riendo de mí?

—Es que no sabía que las disculpas pudieran retirarse.

—Casi todo puede retirarse.

Marianne miró hacia el techo en un gesto infantil.

—El matrimonio no puede retirarse.

Él le clavó sus ojos, que lucían marrones y vibrantes a la luz de las velas de los candelabros y de la araña que colgaba sobre ellos.

—Una de mis tías encontró una manera de hacerlo.

Ella conocía la historia. Un final trágico para un matrimonio extraño. Una mujer sin escrúpulos que había dado fin a su marido. Dejó de sonreír y se quedó en silencio.

Él mostró una sonrisa radiante, que rozaba lo maligna. Las líneas no eran como las que solía entregar para enternecer o ganar la confianza de otras personas, sino que eran oscuras.

—No entiendo cómo puede reírse de algo así —le dijo ella, con tranquilidad.

—No me rio de ese hecho funesto, sino de su absurda ingenuidad — contestó él, sin volver a mirarla.

No volvieron a hablarse durante toda la cena. No sabía qué había pasado con el otro Thomas, pero este tenía ganas de mucha lucha y mucha sangre, y ella no era adepta a esas cosas. Cuando el caballero recobrarla la cordura, volverían a tener una conversación.

Mientras tanto, podía regodearse en la imagen de su perfil, procurando que las miradas fueran tan cortas que Sophia no pudiera detectarlas. Para ello tenía, al menos, dos horas más de cena por

delante.



La cena había concluido.

Las mujeres se habían retirado a la salita contigua, mientras los hombres bebían oporto.

Thomas observaba a todos con atención, a pesar de su desazón. Había llegado a la conclusión de que el único que animaba la reunión era el señor Barham. Los otros carecían de buena disposición y de alegría; incluso Cotter, personaje singular al que Thomas recién conocía y que le parecía muy digno de

estudio. En el caso particular de este señor, lo disimulaba bastante bien, pero unos cuantos gestos que duraban segundos, y que él había aprendido a identificar luego de horas y horas de mirar con interés a las personas e intentar determinar sus pensamientos, lo delataban absolutamente: estaba tan aburrido como todos.

El interés que Damien Cotter mostraba por Marianne era evidente, incluso para alguien no muy avezado, incluso para un lelo. Seguramente Marianne, tendiente a ser inocente en exceso, también se había dado cuenta. No podía ser de otra forma.

El hombre se había dedicado toda la noche a realizarle cumplidos en voz alta, ya que Sophia había ocupado su lugar

deseado en la mesa, impidiéndoles un diálogo más íntimo. Que la señorita Barham era la belleza local, que la señorita Barham tenía un ánimo de lo más alegre y no por eso era voluble, que la señorita Barham seguramente debía tener muchísimos admiradores que no se animaban siquiera a mirarla... y un largo etcétera. Era patente que no conocía la palabra "sutileza". A todo esto, Marianne respondía con sonrojos; y en algunos casos, los menos, con alguna frase humilde en la que demostraba que no se creía nada de lo que le decía. Empalagaba hasta el punto de la molestia. Prefería tener a Marianne dos horas sin emitir palabra ante una pregunta que a ese pesado haciendo

alusiones a su adorada.

Thomas apuró el poco vino que quedaba en su copa, dispuesto a terminar cuanto antes con esa reunión masculina en la que todos se miraban a la cara. Quizás alguna conversación positiva de Sophia pudiera animarlo un poco cuando se unieran con las damas.

—Señor Cotter, ¿cómo está la temporada en Londres? Seguramente habrá mucha elegancia en esos salones —dijo el señor Barham a su invitado, incitándolo a tomar la palabra.

—Ciertamente, señor Barham, la hay —elevó un tanto la palma de la mano mientras tomaba otro trago de vino—, pero nada que en la campaña haya que

envidiar.

Mentía. La voz no era firme, se apagaba hacia el final. Mentía. Más allá del debate arduo que pudiera realizarse sobre el tema, el hombre no creía lo que decía.

—Disculpe mi intromisión, es que recién me ha sido presentado esta noche. ¿En qué invierte su tiempo, señor Cotter? —preguntó Thomas, ante un gesto de disgusto de su padre, al que seguramente le parecía un tanto hostil su inicio de interrogatorio.

—Atiendo los asuntos de mis propiedades, señor; y cuando no estoy en ellas, disfruto de la temporada el Londres.

Thomas asintió con la cabeza.

—¿Pasa mucho tiempo en Yorkshire?
—preguntó entonces Gerard, amable pero seco, como era su costumbre, con esa voz profunda que caracterizaba a los hombres Ollerton.

—No, la menor parte del año. Nunca más de un mes. He viajado ahora de urgencia solo porque ha fallecido el mayordomo de mi propiedad, y eso es un problema serio que requería mi presencia aquí.

Gerard asintió y comentó:

—Una mala noticia, sin lugar a dudas.

—Así es —concluyó el aludido.

—¿Y es usted soltero, señor? —

preguntó entonces Thomas.

El hombre se mostró algo molesto.

—Así es. De lo contrario, la señora Cotter seguramente me habría acompañado.

Thomas entendía que ese era el modo que tenía el hombre de decirle que podía dejar de meterse en lo que no le incumbía, pero no estaba dispuesto a hacerle demasiado caso.

—A veces las señoras elegantes se niegan a dejar los grandes salones de Londres, aunque ya haya terminado la temporada —no le dio tiempo a replicar, ni aunque hubiera querido hacerlo—. Y dígame, ¿hace cuánto tiempo que se encuentra usted en Yorkshire?

El señor Barham se incomodó un poco. Seguramente entendía qué era lo que Thomas buscaba, pero también podía percibir el malestar creciente en su invitado.

—Hace dos semanas, señor investigador.

—¿Y puedo preguntar cuál es su rutina nocturna?

El hombre abrió mucho los ojos y el resto de los presentes se reacomodaron en sus asientos. Gerard colocó los dedos de su mano derecha sobre su sien y bajó la mirada, avergonzado por la actitud de su hijo.

—No, no puede. ¿Entiende el significado de vida privada? Si yo fuera

una señorita y me hiciera usted tantas preguntas, pensaría que me está cortejando.

Thomas sonrió con ironía, sin mostrar sus dientes.

—Thomas, creo que ya hiciste demasiadas preguntas —comentó Gerard.

El hijo se encogió de hombros y mostró las palmas de las manos.

—Preguntas de lo más comunes —dijo él, sin sentirse ofendido.

—Pero siempre es usted el que las hace, y no otro —continuó el aludido.

—Es mi trabajo —contraatacó Thomas.

—¿Podría dejar de trabajar al menos durante dos horas que dura una cena?

La tensión en el ambiente iba creciendo.

—Caballeros, debo decirles que el alcohol se nos ha subido a la cabeza —dijo entonces, en tono jocosos, el señor Barham, con la intención de calmar los ánimos, mientras ponía una cara ridícula con la que pretendía que los demás creyeran que él también había bebido demasiado.

En realidad, nadie había ingerido alcohol en exceso. Thomas tenía contadas las copas y ningún caballero había superado las dos.

—Puede ser —dijo Cotter, que por lo

visto no quería seguir discutiendo, mientras dirigía a Thomas una mirada fija y desafiante.

El magistrado siguió observándolo como a una presa, pero permaneció en silencio.

—¿Les parece que pasemos a la salita contigua a acompañar a las damas? — preguntó Barham, intentando recuperar el tono calmo.

Todos asintieron.

Mientras entraban a la estancia adyacente, Gerard se acercó a Thomas y le dijo, moviendo apenas su mandíbula cuadrada, que intentara comportarse por una vez en la vida como un caballero normal.

Thomas evitó hacer un mal gesto porque estaba siendo observado por demasiadas personas y aquello no se vería nada bien. Había seis ojos especialmente clavados en él: los de Sophia, los de Barbara y los de Marianne.

Las tres se hallaban juntas, lo suficiente como para cuchichear, de pie junto a la chimenea sin fuego. Las dos señoras charlaban en otro grupo, una al lado de la otra, sentadas en una *chaise*.

Sophia le sonrió y le extendió el brazo, invitándolo a unirse a ese grupo.

Ni bien llegó, esbozando una de esas sonrisas tan parecidas a las de su hermana, Sophia se colgó de su brazo y

comenzó a sonreír a Marianne.

—Amiga, dime cómo se ha comportado mi hermano en estos días.

Sophia miró a su amiga con unos ojos inmensos.

—Supongo que bien —contestó ella, mirándolo con dificultad y nerviosismo.

Thomas hubiera esperado mucho menos: que dijera que era intolerable, como pensaban casi todos los que lo conocían a fondo.

Sophia miró con seriedad a su hermano.

—Hasta que Marianne no quite ese "supongo" de la frase, estás en falta, hermanito —le dijo, en tono levemente

recriminador.

—Eso supongo —dijo él, arrastrando la última palabra.

Las tres sonrieron.

—¿Puedo unirme al grupo? — preguntó Damien Cotter, que se acercaba con los brazos unidos en la espalda.

—Claro que sí —contestó Marianne.

Thomas hubiera preferido no oír esa frase.

El caballero se ubicó junto a la joven Barham, casi empujando a Sophia con el codo para que le hiciera lugar a su lado, quizás como una venganza por lo acaecido durante la cena.

—¡Cuánta belleza femenina y soltera

tenemos en Yorkshire! —dijo el hombre, mirando a las tres muchachas, pero a Marianne de modo especial y detallado.

"Oh, no, comenzará de nuevo".

Las tres mujeres sonrieron, sin mostrarse tan animosas como para que se interpretara que deseaban que continuara.

—No me interesa demasiado el matrimonio —comentó Sophia.

—A mí tampoco. Prefiero los libros —continuó Barbara.

Todas las miradas se centraron en Marianne.

Thomas se cruzó de brazos. Eso era algo como para deleitarse. Ella estaba

pensando. Comenzó a contar hasta cinco en cuenta regresiva. Cuando llegara a cero respondería.

"Tres... dos... uno...".

—A mí me gustaría casarme, pero no creo que pueda encontrar al caballero adecuado —concluyó Marianne al fin.

—Pero, ¿cómo no? Algún hombre sabrá valorar todo su encanto, seguramente. Tampoco debe considerar a mi género tan estúpido como para dejar pasar la oportunidad —continuó Cotter.

—No sé si es estupidez, pero hasta el momento han dejado pasar la oportunidad —respondió Marianne, riéndose de sí misma con ganas, y

desplegando risitas en las chicas Ollerton. Hasta Thomas tuvo que darle tregua a la amargura y reírse un poco. Era la mejor respuesta que había escuchado de parte de esa señorita.

—Será que no habrá pasado ningún hombre de verdad por aquí —arremetió Cotter, juntando las manos en la espalda y balanceando el torso levemente hacia los lados, mientras la miraba.

—O que no les intereso como partido...

—¡Marianne! —la reprendió Sophia, con cara de desagrado.

—A ver, dígame, ¿por qué no les interesaría usted como partido? —preguntó él, con el tono con el que se le

habla a un niño, arrastrando las palabras con socarronería.

Aquello se estaba volviendo insoportable para Thomas.

—Porque lo que sucede comúnmente es que un caballero pide la mano de una señorita y, si la consigue, al transformarla en su esposa quiere que se marche con él y administre su hogar. Yo no estoy dispuesta a dedicarme en exclusivo a administrar una casa, porque lo que amo son los caballos; y no estoy inclinada a abandonar Yorkshire, porque esta es mi tierra, tanto como si yo fuera un árbol que ha crecido aquí, y no podría dejarla. No cedería ninguna de esas dos cosas, aunque me costara la soltería.

Se hizo un largo silencio entre ellos.

—Comprendo —comentó Cotter.

Cuando todos pensaban, agradecidos, que iba a callarse de una vez por todas, volvió a hablar:

—Pero si conociera a un caballero encantador, que la amara con pasión y dedicación, ¿no sería él más importante que sus caballos?

—Si me amara él con pasión, ¿no sería mi felicidad más importante que sus deseos?

Thomas sonrió con sorna.

—¿Y si no fueran sus deseos? —
continuó el pretendiente, más
compenetrado en la conversación—. ¿Si

el caballero necesitara residir en otro sitio por asuntos financieros que lo alejaran de este lugar inevitablemente?

—Nuestro matrimonio estaría condenado —contestó Marianne.

El hombre elevó las cejas y se quedó un rato en un estado de estupor.

—¿Ustedes tienen las mismas opiniones al respecto, señoritas? —preguntó Cotter.

—No, pero comprendo a Marianne —contestó Sophia, mientras le sonreía con ternura.

—Las circunstancias de cada persona, sin duda alguna, determinan finalmente sus decisiones. Los hombres y las

mujeres son hechos y deshechos por las circunstancias —continuó Barbara, a la que le gustaba dejar en claro que era un ser pensante.

—Ustedes son unas jovencitas de lo más inteligentes —comentó Cotter.

A nadie le quedó claro si aquello era precisamente un halago, o si se suponía que esa cualidad no era deseable.

—Ahora que estamos todos los más jóvenes aquí reunidos —comenzó Thomas—, me gustaría preguntarles si alguna de estas brillantes mentes femeninas que Dios nos dio me puede describir la rutina nocturna de un señor que vive en la campiña.

Todos se mostraron sorprendidos,

excepto Cotter, que se mordió los labios.

—¿Una rutina general, nos dices? — preguntó Sophia, siempre dispuesta al juego, aunque la pregunta fuera extraña.

—Así es —contestó el hermano.

—Bueno, podría decirse que probablemente cenaría, cuando tarde, a las cinco; terminaría la cena cerca de las seis, cuando se serviría el té, que bebería hasta las seis y media; permanecería con su familia un rato más, en la sala junto al fuego, jugando a los naipes o leyendo unas horas hasta lograr que llegara el sueño, que a veces es esquivo; y a las diez ya se estaría retirando con su esposa a sus

habitaciones, a menos que tuviera invitados en casa, en cuyo caso la rutina podría cambiar mucho, y puede que se retirase mucho más tarde.

—¿Y qué más harían después? — preguntó Thomas.

Sophia lo miró pícaramente. Todos contuvieron la respiración.

—Hermano...

—No me malinterpreten —dijo él, deteniendo las críticas mediante el gesto de mostrar las manos—. No es necesario entrar en detalles. Podríamos decir algo como que "permanecerían en la habitación" —sacó de su bolsillo el reloj con el que le gustaba jugar —hasta las...

—Hasta las siete de la mañana del día siguiente —concluyó Marianne.

Thomas comenzó a divertirse con la tapa de su instrumento de medición del tiempo, viejo amigo que había comprado hacía diez años.

—Así es. No fue difícil, ¿cierto?

Las tres mujeres negaron con la cabeza.

—A algunos señores, que quizás osen asombrarse de su inteligencia, les molesta que se les haga una pregunta tan simple como la que me acaban de responder —dijo Ollerton, sonriendo de modo burlón y dirigiendo su mirada congelada a Cotter.

Thomas se separó entonces del grupo, saboreando su venganza, aunque no supiera decir específicamente de qué se vengaba.

—Discúlpelo, a veces es demasiado irónico —escuchó que decía Sophia.

—¿A veces? —fue toda la respuesta del hombre.

El ambiente se puso tenso durante los minutos que permanecieron en silencio.

Las dos hermanas Ollerton pidieron disculpas y se dirigieron adonde charlaban su madre y Laurence Barham.

Cuando Cotter quedó a solas con Marianne, se inclinó levemente sobre su oído y le cuchicheó una o dos frases

cortas.

Por la manera en que Thomas vio que ella contraía las cejas y negaba con la cabeza, era obvio que lo que le había dicho no había caído bien. Los ojos de Marianne se cruzaron brevemente con los suyos, por lo que interpretó que podía ser el centro de la discusión entre los dos.

Tardaron solo segundos en acercarse al grupo de los otros invitados, a pesar de la evidente frustración de Cotter.

Thomas sonrió, mucho más satisfecho, aunque en su cabeza bailara la duda sobre lo que aquel cuarentón pedante podría haberle dicho a Marianne.

• Capítulo VII •

En *Garden Home* ya habían desayunado. Thomas estaba dispuesto a realizar una visita al veterinario de la hacienda de los Barham.

Durante el camino hacia *Prairie Land* para la cena de la noche anterior, había comentado su intriga sobre el hombre que cuidaba de todos los hermosos caballos de esa propiedad. Su madre no había dudado en acotar:

—Hay aquí un solo veterinario, Thomas. Es el señor Mitchell. Todos lo llamamos cuando precisamos de sus servicios. Es un hombre de un carácter un tanto rudo, pero parece bien educado en su ciencia.

Gerard Ollerton la había mirado de soslayo, y le había dicho, ácidamente:

—Pues ojalá no tengamos que llamarlo en mucho tiempo. Dudo de que su educación sea suficiente para salvar a alguien, ni siquiera para hacerlo sin dolor.

Su padre era un incrédulo, uno de mayores dimensiones que él mismo.

Así de corta había sido la charla. Se había encontrado entonces sin necesidad

de realizar la pregunta a Laurence Barham, como había planificado en un primer momento.

Con aquella información, entonces, partía hacia la pequeña casa que el señor Mitchell ocupaba muy cerca de la hacienda de los Barham. Muchas preguntas bullían en la cabeza de Thomas y necesitaba algo de información científica al respecto de sus dudas.

En cuanto arribó a su destino, fue recibido por un severo sirviente, que pretendía ser un mayordomo, pero no tenía la suficiente elegancia, y que seguramente formaba parte del muy reducido grupo de empleados que aquella casa podía permitirse. Sin

grandes demostraciones de simpatía, fue conducido hacia una biblioteca, donde su entrada fue anunciada con la misma parquedad. Encontró allí a un señor regordete de frente ancha y ojos grandes que se apresuró a ponerse de pie. Le llamó la atención que, pese a su corpulencia, fuese tan ágil en sus movimientos.

—Señor Ollerton.

—Señor Mitchell, me imagino.

—Así es. Y usted debe ser el hijo de Gerard Ollerton.

—Sí, ese soy yo.

Le hizo una seña con una mano para que ocupara un sillón al frente suyo. Sus

modales no eran ceremoniosos, sino levemente más cálidos que los de su sirviente.

Sobre una mesa ratona reposaban una gran cantidad de libros en desorden. Se imaginó que había interrumpido su lectura.

—He venido a tratar con usted sobre un tema que me ocupa ahora —comenzó Thomas, a quien nunca le habían gustado los largos preámbulos y que entendió que su interlocutor tampoco era un hombre al que le gustaría establecerlos.

—Dígame... —contestó el hombre con seriedad, quitándose los anteojos y cruzando las manos sobre sus piernas, que también permanecían una sobre otra.

—Me gustaría saber más detalles sobre la muerte de los caballos de los Barham. Imagino que usted los ha atendido...

El hombre lanzó algo parecido a un gruñido, en un tono de lo más desagradable, y torció la boca en un gesto horrible.

—He atendido a unos cuantos, pero ya no lo hago más —comentó, mirando hacia sus libros.

—¿Podría preguntar por qué?

El hombre se acodó sobre uno de los brazos del sofá y se tomó el mentón en la mano.

—¿Podría yo preguntar si es que estoy

siendo víctima de alguna investigación delictiva? ¿Soy presunto culpable de algo? Cualquier cosa que esa jovencita de los Barham le haya dicho...

—Señor —interrumpió Ollerton—... disculpe que no se lo haya aclarado antes, pero usted no está siendo investigado como presunto responsable de ningún hecho delictivo. No es sospechoso. Solo quería comprender mejor la situación y obtener más detalles, desde la óptica de sus conocimientos.

Thomas hizo uso de su sonrisa, pero esta vez sin mostrar los dientes, porque se dio cuenta de que la situación no se prestaba a tanto despliegue de simpatía.

Notó como, al instante, el hombre se relajaba mejor en su asiento.

—De acuerdo.

—Volviendo al tema, entonces, ¿podría preguntar por qué ya no los atiende más?

—Sí, claro —dijo el hombre, lanzando un suspiro—. El señor Barham dejó de requerir mis servicios luego de la muerte de su cuarto caballo en extrañas situaciones, imagino que instigado por su hija. ¿Han seguido muriendo caballos? —preguntó el hombre, intrigado.

—¿Por qué imagina que la señorita Barham tiene tanto poder sobre su padre?

El hombre hizo una sonrisa de lado, sabiéndose ignorado en su pregunta.

—Noté claramente su influencia durante el tiempo en que estuve allí, en diversas oportunidades. Especialmente con el último caballo que atendí, el *Bravo Británico*. Tuvimos una acalorada discusión, porque la señorita no permitía que diera belladona al caballo —el hombre sacudió la mano en el aire—. El padre terminó ignorando mi consejo y haciendo caso a los berrinches de su hija —aclaró el hombre, al borde del enfado, demostrando que aquella actitud lo había humillado seriamente.

—Entiendo. ¿Y usted consideraba que la belladona era lo mejor?

—Era lo mejor que se podía hacer por él. Ya estaba bastante mal cuando me llamaron, y la belladona está especialmente indicada para casos de cólicos.

—¿El caballo presentaba síntomas de cólicos?

—Así es.

—Y los otros tres caballos.

—También.

—¿Conoce usted la historia del fantasma de la señora Parsons?

Mitchell rio irónicamente.

—Todos la conocen. Es un lugar con pocas familias, donde a veces mucha gente se aburre, especialmente las

mujeres. En el momento en que alguien inventa algo, es muy fácil que esa noticia corra como reguero de pólvora.

—Por lo que me dice, entiendo que no da crédito a esa historia.

El hombre negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Son charlatanerías.

—¿Y quién puede haberlas inventado?

—Cualquiera, pero bien podrían haber sido los Barham. A ellos no les beneficiaría para nada que se supiera lo de la salud de sus caballos, y como yo ya les dije que ahí hay un aire o aguas nocivos y no quieren hacerme caso, es mejor inventar una historia en la que

ellos puedan ser las víctimas.

Thomas cruzó los brazos y miró hacia el techo.

—Es decir, que usted considera que el aire de la estancia de los Barham no es bueno.

—El aire o el agua no son buenos.

—Y esto es cierto solo para los Barham... —dijo Thomas, en un tono amable que lo invitaba a seguir.

—Así es. Atiendo a todos los animales del condado y no he visto en las otras estancias síntomas como los que presentaban esos caballos.

—Y el aire se puso malo... ¿de repente? —preguntó Thomas, alzando

las cejas, en señal de consternación.

El hombre pareció sentirse atacado.

—¡Así parece! —respondió con rudeza.

El veterinario permaneció con los brazos cruzados, disgustado y mirando por la ventana.

Ollerton entendió que no se podía sacar mucho más de aquella conversación, y que el señor era demasiado inseguro e inaccesible.

—Me retiro, señor Mitchell. Gracias por sus comentarios —dijo Thomas, poniéndose de pie.

El hombrecito también se levantó, asintió con la cabeza, y le dijo

secamente:

—Adiós.

Sobre su caballo y camino de regreso a *Garden Home*, se preguntó cómo y por qué la inofensiva Marianne había podido pelear de modo tan abierto con aquel hombre como para que le guardase tanto rencor. Marianne, la que creía en la buena voluntad de todos. Marianne, la que consideraba a la mentira como algo insólito en la mayoría de los corazones. ¿Cómo había herido tanto el orgullo de ese hombre? ¿Todo por negarse a dar belladona a sus caballos?

No le gustaban las versiones a medias. Suspiró. Para acceder a la historia completa no le quedaba otra opción que

interrogar a la propia señorita, la que desconfiaba de Mitchell, pero no de Parsons. ¡Qué extraña era la ingenuidad!

La visitaría por la noche, en el establo, mientras ella hacía su ronda. Así no tendría que soportar todas las palabras de cortesía y las dificultades que representaba una visita social en medio de toda la familia.



Marianne salió de su casa cuando todos estaban durmiendo, como todas las otras noches.

Llevaba en la mano su palmatoria y su

cuaderno de anotaciones. El cuaderno, que llevaba ya un año con ella, estaba dividido en dos partes, separadas por portadas tituladas con una caligrafía muy bien lograda. Una de las secciones se llamaba "personal"; y la otra, "caballos". En la sección personal escribía, casi todos los días antes de la hora del desayuno, sus impresiones, deseos e inquietudes del día anterior; relataba allí su vida. La otra estaba planeada para anotaciones de datos referentes a los caballos. Era en esas hojas donde planificaba también las cruces, teniendo en cuenta la lista de taras y de cualidades valiosas de cada animal, siempre procurando obtener una cría de excelente conformación.

También anotaba allí, día a día, el modo en que encontraba a cada caballo del establo. Le servía para llevar un control del avance de aquella enfermedad o maldición que tantos pesares les estaba causando. Para evitar el problema de tener que llevar la tinta y la pluma, escribía con lápiz.

Entró en la caballeriza y recorrió uno a uno los cubículos de los diferentes animales, mirándolos con atención, intentando adivinar su estado de salud por su postura, por sus ojos, por cualquier indicio que pudieran darle. Sus veintitrés caballos, los que quedaban, parecían estar bien. No había síntomas de decaimiento, babeo, ni nada semejante. Esa noche se podía ir a

dormir en relativa paz.

Cuando estaba terminando las anotaciones sobre la revisión, escuchó un ruido extraño. Se sentía como si alguien arrastrara las botas por la paja del suelo de la caballeriza. Llevaba demasiados años en aquel lugar y reconocía con claridad cuándo un sonido era producido por algún animal. Aquel no era el caso.

Se asustó mucho. No había por allí nada que pudiera usarse como arma. Lo más peligroso que tenía en sus manos era un lápiz. Sintió que el corazón comenzaba a latirle en la cabeza y que su respiración se aceleraba. Retrocedió unos pasos, pero no vio a nadie. Sus ojos intentaban cubrir toda la amplitud

del pasillo principal de la caballeriza; se movían temerosos, incómodos y nerviosos.

Siguió caminando hacia atrás, en la espera de alcanzar la pared y poder apoyar la espalda contra ella. Eso le haría sentirse un poco más protegida.

Tropezó con el mango de una escoba, cayó al suelo y la vela estuvo muy cerca de incendiar la paja, por segunda vez.

Se reincorporó con cuidado, y aún con temor, mirando hacia delante y no hacia abajo, siguió retrocediendo. Luego chocó.

No era la pared. No podía ser la pared. Faltaban varios metros para llegar a ella.

Tragó saliva.

—¿Señor Oller....?

No pudo terminar de hablar. Sintió un dolor agudo, ardiente y concentrado, a la altura del talle en su costado izquierdo. Gimió.

Se escuchó el ruido del galope de un caballo llegando al lugar.

El arma que habían insertado en su cuerpo fue quitada. El sufrimiento se hizo más intenso, como si ahora le quemara.

Se dio vuelta con la mayor velocidad que pudo, en espera de poder distinguir al agresor, pero solo fue capaz de ver una capa oscura y la parte inferior de

unas botas. Quien hubiera sido, llevaba capucha, y no tenía más señas de él que su altura. No había podido divisar ni un sector de piel, nada.

Se llevó la mano hacia atrás y se palpó la herida. Al contacto, el dolor se intensificó. Se miró los dedos y los encontró cubiertos de sangre.

Desesperada y aterrorizada, comenzó a correr hacia la salida.

—¡Ayuda, ayuda, por favor! —decía entre un grito y un sollozo, porque no podía contener las lágrimas de temor.

Salió de la caballeriza. Alguien se apeaba de un caballo. Durante un segundo, su sangre volvió a dispararse, ante la amenaza de que fuera el agresor.

En cuanto vio cabellos largos moverse en el aire, supo que era Thomas.

—¡Señorita...!

Marianne se acercaba hacia él, con la mano ensangrentada y una mancha roja que comenzaba a formarse a la altura de su cintura, por su izquierda, y se expandía como si tuviera vida propia.

• Capítulo VIII •

Marianne corría hacia él, como podía, algo agachada. Sus manos estaban manchadas por algo oscuro.

Se dejó caer en su pecho y él la sostuvo, abrazándola. Observó que estaba herida y que sangraba.

—¿Está bien?

La obligó a levantar el rostro.

—¿Está bien?

—No lo sé, me duele bastante.

La levantó en los brazos y caminó como un poseso hasta el edificio principal de *Prairie Land*. Mientras lo hacía, la vela que ella todavía llevaba en la mano se apagó.

Pateó la puerta con furia e ingresó en el vestíbulo. De memoria, que por suerte era buena, se dirigió hasta la sala. Sufrió varios golpes al chocar contra diversos muebles, incluyendo una *chaise* en la que decidió dejar a Marianne. Se sentó y colocó la cabeza de la joven sobre una de sus piernas de la mejor manera en la que podía hacerlo, tanteando.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! Que vengan todos —gritó él, en la oscuridad.

Marianne seguía sollozando.

—¿Te atacaron? —preguntó él, procurando que la voz no se le quebrara, aunque sentía algo atorado en su garganta.

—Sí... Tengo miedo... —contestó ella.

Él le agarró la mano con firmeza y le acarició lo que intuía que era la frente.

—No temas. Ya llegan.

Inmediatamente apareció la madre, iluminada por un candelabro de tres velas, y bajó a toda velocidad la escalinata principal.

—¿Qué pasa? —contestó antes de poder llegar y alumbrar a su hija,

intuyendo que Thomas era quien había gritado.

—Han atacado a la señorita —
respondió él—. ¡Necesitamos un médico
ya!

Al segundo llegó el ama de llaves, y
detrás de ella, el mayordomo. Se le
ordenó a este último que enviara al
mensajero en ese mismo instante en
busca del señor Hewett. Walter Hewett
no era doctor sino cirujano, pero era lo
mejor que podía conseguirse en muchas
millas a la redonda, por lo que
representaba la mejor opción de las
disponibles.

Thomas, aunque lamentando tener que
separarse, se hizo a un lado y dejó que

la madre ocupara su lugar.

—¿Cómo te sientes? —preguntó la mujer, notablemente nerviosa.

—Me duele mucho... pero creo que estoy bien.

El padre y el hermano Barham estaban bajando también de sus habitaciones y se encontraron con un cuadro desesperante.

—Señor Ollerton, ¿qué pasó con mi hija?

—No sé, la atacaron... Cuando yo llegué, ya todo había pasado —contestó él, yendo y viniendo en un mismo camino corto y recto.

El padre corrió hacia la joven,

escoltado por su hijo. La madre, nerviosamente, pero con más compostura de la esperada, cortó con unas tijeras el sector de vestido por el que emergía la mancha de sangre.

—Tráigame toallas limpias, señora Morley —le ordenó la mujer mayor al ama de llaves.

El señor Barham, sin procurar disimular su afectación, se arrodilló junto a la *chaise* y la miró con ternura.

—¿Te dispararon, hija?

—No, no lo creo. Estaba muy cerca —la joven respiró con dificultad—... choqué con él... seguramente fue con un cuchillo.

—Querida, ¿dónde te atacó? —
preguntó el padre.

—Fue en la caballeriza... supongo
que estaba escondido.

—¡Ya te había dicho yo que no tenías
que salir de noche a hacer esas rondas!
Te lo dije. Ahora encuentras las
consecuencias de tu inconsciencia —
dijo George Barham.

Thomas lo miró con un rencor
profundo, pero dada la escasa
iluminación, el mensaje no era fácil de
leer. Todavía no sabía si su hermana iba
a sobrevivir ni si su daño era grave,
pero ya había encontrado lugar para las
quejas.

—George —le dijo la madre, en tono

tranquilizador—. Basta ya.

Thomas nunca había observado a George Barham alterado, pero se ponía peor.

—Es que es una cabezota, madre, nunca piensa en las consecuencias de lo que hace. Parece una niña —continuó el hermano.

—Quizás tengas razón —dijo la aludida, en una voz apenas audible.

—Claro que la tengo, y yo, que era consciente de lo que hacías, también debí detenerte, y soy culpable también —concluyó mientras retrocedía un poco y se sentaba en una silla. Allí permaneció, con el cuerpo inclinado hacia delante y la mirada fija en el

suelo.

Thomas vio en aquel hombre la veta de un sentimiento de culpa. ¿Cómo no entenderlo, entonces, si sentía lo mismo? No sólo George, sino que él también conocía lo de las andanzas nocturnas de la joven, y también hubiera estado en sus manos salvarla, y no lo hizo.

El día del episodio de la camisa habían estado muy cerca del atacante. Era probable que rondara el establo. Era evidente que lo iba a volver a intentar. ¿Cómo podía haber pensado que no, que era pura casualidad?

Por la torpeza de varios hombres mayores, de los que se esperaba ya más sensatez, quizás muriera una joven

inocente.

Ahora la veía llorar más, con más temor, con más dolor. Seguramente temía por su salud y también se sentía responsable. Las palabras de su hermano, aunque hubieran nacido de sinsabores interiores, solo le habían acrecentado el mal emocional.

Él sentía que los ojos también le escocían. Si alguno de los muebles de la casa hubiera sido suyo, lo habría pateado.

Llegaron las toallas limpias y la madre se apresuró a limpiar la herida. Sin la sangre aplastada a su alrededor, se reveló que no era muy ancha.

Thomas fue el primero en extender la

cabeza por sobre la *chaise* para mirar, a riesgo de ser juzgado como indecente. No le importaba demasiado. La herida parecía relativamente leve. Había estado muy cerca, pero sus probabilidades eran muy buenas. Suspiró, un tanto más tranquilo.

—Señorita Barham...

Ella lo miró, con la poca energía que le quedaba.

—Le juro por mi honor que esto no va a quedar sin desvelarse. Voy a descubrir a su agresor, aunque se vaya, aunque vuelva, aunque me huya, aunque me agreda, aunque se transforme... Lo encontraré —le prometió él.

—Gracias —fue todo lo que ella

contestó.

El cirujano llegó a la media hora, lo más rápido que le permitieron los caminos que debía transitar durante la noche. Les dijo que habían hecho bien en limpiarle la herida, y que por suerte esta no había sido de gravedad. También indicó cómo debían vendarla y qué tratamiento debían darle al vendaje. Luego de todo ello los tranquilizó, asegurando que la muchacha había tenido mucha suerte, y se marchó.

El padre de Marianne tomó a su hija en brazos, con la máxima suavidad que pudo, y anunció que la llevaría a su habitación.

Marianne cerró los ojos en un gesto de

dolor, pero procuró no llorar ni gritar. La señora Barham se fue tras su marido.

George Barham seguía en el sofá, probablemente masticando sus propios pensamientos. Cuando se encontraron solos, le clavó una mirada helada.

—¿Cómo encontró a mi hermana?

Thomas se sintió inquieto, aunque no quería parecerlo. Detestaba ser objeto de observación. Estar del otro lado era mucho más cómodo.

—Estaba herida ya, saliendo del establo.

—¿Y qué hacía usted allí? —preguntó entonces George.

—Iba a observar a los animales.

Recuerde que me interesa mucho este caso.

George le sacó los ojos de encima y fue a mirar hacia el frente.

—Sí, sí.

—Ahora me marcho. Creo que necesitan tranquilidad —Thomas se levantó—. Si no es mucha molestia, me gustaría llegarme por aquí mañana temprano a preguntar por su hermana.

George asintió con la cabeza y Thomas se retiró, sin esperar más de quien no lo obtendría.



Tal como había anunciado, Thomas se

presentó a primera hora de la mañana siguiente, incluso antes de desayunar, a preguntar por la salud de Marianne. Le dijeron que seguía bien, y lamentó ser hombre y no poder hacer una solicitud para verla, pero el lamento duró solo unos segundos. Luego se convenció de que, si ella era mujer, él no podía ser otra cosa que hombre.

Luego de haberla visto herida y haber temido por su vida, era imposible negarse lo que sentía. Admiraba a la joven, con algún tipo de admiración especial, diferente a la que sentía por Mary Bannerman, que tanto lo había ayudado a solucionar el caso de la muerte de su tío, o de otras pocas mujeres que le parecían admirables.

Marianne lo era de un modo muy especial. Quizás otros le llamaban afecto, él todavía no se sentía capaz de llamarle amor. ¿Podía amar un Thomas Ollerton? Lo más cercano al amor probablemente se encontrara en el sentimiento que le infundía Marianne.

Cuando el maldito que la había atacado cayera en sus manos, iba a tener que suplicar por su vida. Todo su respeto por la ley bien podía ser hecho a un lado solo de momento, para que se le escapara un tiro y lanzara al bravucón en algún bosque donde nadie lo pudiera encontrar. Alma envilecida cubierta de lacras. Había que ser un verdadero sinvergüenza sin ningún valor para atacar a una joven como Marianne, que

era el compendio de todo lo bueno y todo lo tierno; que, de tratarse de una diosa, hubiera sido la diosa de los niños y los animales.

Encontraría al maldito, sí, lo encontraría. Y cuando lo tuviera en sus manos, el tipo estaría perdido. Él sabía disparar muy bien. El atacante, por lo visto en la actuación con Marianne y por suerte, no sabía mucho del uso de armas blancas ni de lucha cuerpo a cuerpo. Quizás tuviera más habilidad con las armas de fuego, pero no lo creía. Su única destreza parecía estar en correr.

Luego de la visita a los Barham, había hecho un rastrillaje visual por la zona. Lo único valioso que había encontrado: unas flores silvestres que se encontraban

machucadas en el piso del establo. De haber sido cualquier flor silvestre, no hubiera resultado de mayor valor, pero grande fue la alegría de Thomas al descubrir que estas flores solo crecían en dos lugares: cercanas al establo de los Parsons y a la vera del río que separaba la propiedad de los Parsons de la de los Barham y otras dos. El enemigo estaba cerca, y el radio estaba más o menos determinado.

Desde la noche siguiente al ataque había hecho guardia en el establo de los Barham, desde que los mozos de cuadra se retiraban hasta que regresaba el sol. Gracias a ello, pasaba la mayor parte de su día durmiendo, para extrañeza de su familia, que no sabía bien en qué andaba

y no imaginaba tampoco qué pudiera hacer en la campiña todos los días hasta tan altas horas. Todos habían preguntado, pero solo su hermana Sophia había recibido algo parecido a una respuesta. Le había dicho:

—Estoy haciendo averiguaciones.

Y cuando ella le había preguntado si se trataba del ataque de su amiga Marianne, él había respondido:

—Sí.

Como aquello era un despliegue de confianza bastante importante para Thomas, su hermana se había conformado con ello.

Acomodarse todos los días entre paja

y avena era bastante incómodo, pero se trataba de un precio que tenía que pagar para llegar a la verdad. El atacante había estado allí dos veces, o quizás más. Le parecía improbable que evitara regresar. Así que era una cuestión de tiempo. Esa persona volvería a aparecer. Él lo sabía.

Tampoco se le había pasado por alto el hecho de que ningún caballo había muerto desde que hacía guardias por la noche. La conclusión lógica era que el atacante necesitaba acceder al establo para hacer daño a los animales, y que el agresor de la joven y el de los caballos eran la misma persona.

Abandonó durante un momento sus pensamientos y suspiró. ¿Cómo estaría

Marianne? Le habían prohibido seguir haciendo rondas nocturnas. Lo sabía por el padre de la joven, que todas las mañanas, antes del desayuno, cuando él se llegaba a preguntar por la salud de la enferma, le hacía nuevos comentarios al respecto.

El tiempo que pasaba en aquel cubículo solo, escuchando una y otra vez las respiraciones de los caballos, caminaba como una tortuga herida.

Un ruido lo sacó de sus recuerdos y pensamientos ensimismados. Eran pasos. Alguien se arrastraba por el suelo. El maldito había llegado.

Sacó el fusil de su abrigo y lo retuvo en su mano.

Salió de repente y apuntó el arma hacia delante. Divisó una sombra dentro del aura de una vela. Disparó al aire, esperando que el atacante se asustara y entorpeciera los movimientos, quizás en un intento de huida. La sombra se sacudió, pegando una especie de brinco, pero de ninguna manera huyó de él.

—¡Oh, Dios mío!

• Capítulo IX •

Todavía no se recuperaba de la herida anterior. Le dolía un poco ese sector donde el cuchillo se había hundido en su carne. La salida de la cama le había costado bastante, pero no quería descuidar a sus caballos por más tiempo. Había ido caminando lo más rápido que le era posible hasta el establo. Era muy tarde, mucho más tarde de aquellas horas en que solía hacer sus rondas antes de haber sido atacada.

Seguramente no faltaba mucho tiempo para ver las primeras luces del alba.

Entró al establo y el sonido de una explosión la despertó de su somnolencia.

Su mente dejó de funcionar y su cuerpo comenzó a temblar. ¿La atacarían una vez más? Se cubrió con una mano el lugar de la herida que ya tenía, mientras retrocedía hacia la salida.

—¿Está loca? ¿No ve que la podría haber agujerado? —gritó la voz de Thomas, que se oía distante de ella.

Entonces reaccionó. Levantó la mirada y lo observó, a varios pasos, por el pasillo central de la caballeriza. Estaba guardando su arma.

Pero seguía conmocionada. Todavía le parecía que la muerte andaba cerca. No podía evitar que su cuerpo temblara como movido por un escalofrío continuo y estaba enojada consigo misma.

—¿Qué hace aquí? Tiene prohibido venir —continuó Thomas, sin moverse siquiera.

Pero ella no podía contestar; las palabras no se juntaban en su mente. Llevaba encima su camisa de dormir, un salto de cama, unas medias de lana y unos zapatos bastante finos; pero a pesar de todo sentía frío.



—Señorita, ¡contésteme! —dijo Thomas, con la voz algo preocupada, mientras comenzaba a caminar con rapidez hacia ella.

En poco tiempo se hallaron frente a frente. Cuando la tuvo cerca pudo ver sus movimientos, su turbación, el dolor y el temor en sus ojos, y comprendió que estaba en un estado emocional endeble. Su conmoción lo turbó un poco.

Ella seguía sin contestarle, pero había logrado mirarlo.

—No sabía que usted estaba aquí. Disculpe —dijo ella por fin, en un tono compungido, que demostraba que se sentía un tanto culpable.

Su pensamiento calmo y frío y su

misma cordura se quebraron entonces, como un jarrón de cristal aplastado por un martillo.

Se acercó hacia ella como si un viento lo empujara, sin pensarlo, sin ser dueño de sí, y la envolvió en un abrazo fuerte.

—No tema —le dijo, con una voz suave y serena.

Sintió las gruesas vendas a la mitad de la espalda, allí donde sus manos se apoyaban. "Pobre y buena criatura". Sintió también su pecho contra el suyo, muestras de un leve sollozo, quizás. Pero a los pocos segundos ella dejó de temblar, y sintió que sus brazos también se tendían alrededor de él. ¿Era posible volver a sentirse inocente si un ángel lo

abrazaba?

Encontrándola calma, se separó un poco. Ella tenía unas cuantas lágrimas sobre el rostro. Él se las secó con la palma de una mano.

—Todo está bien. Hice un disparo al techo. Imaginé que nadie más que su atacante podía llegar a esta hora.

Ella contestó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Creo que debería irse a dormir —le dijo él, continuando con el mismo matiz calmo que había utilizado en las últimas frases.



Estaba vestido como un mozo de cuadra. Llevaba una chaqueta de establo, de lana y rayada, sobre la camisa de lino. No estaba usando un frac. ¿Disfrazado? Aun así, se veía elegante. Su postura recta y firme hablaba por él. Y olía a Thomas Ollerton, claro. Muy pocas veces había estado tan cerca como para sentir su aroma, pero la embriagaba. Seguramente que esos perfumes se conseguían en Londres.

Sus palabras le llegaban cálidas, traídas por su aliento como si se tratase de un murmullo de la brisa de verano.

—¿Está bien? ¿Se ha recuperado?
¿Me contestará alguna pregunta? —lanzó él.

—Sí, estoy mejor. Todavía me duele un poco. Discúlpeme, todavía estoy un tanto confundida —respondió ella, en lo que era casi un susurro, haciendo acopio de lo más dulce que podía sacar a su voz, que no era poco.

Y parecía haber causado el efecto deseado, porque ahora le miraba la boca, como si fuera su nuevo objetivo. Ella estaba más concentrada en sus ojos almendrados, que se le antojaban ahora hechos con caramelo derretido.

—Debe volver —le dijo él, posando sutilmente la mano izquierda sobre su antebrazo. Podía percibir, a través de las dos capas de tela, su calor, su tenue roce.

Fue consciente del deseo de estrecharlo. Le miró la mano, ese vínculo tibio que ahora conectaba sus cuerpos, y descubrió en uno de sus dedos un anillo pequeño. Era la primera vez que reparaba en ello. Nunca le habían importado los accesorios o el atuendo de las personas, por lo que no era común que observara esos detalles.

—¿Está comprometido? ¿Tiene acaso algún otro hecho con el cabello de una dama?

Él entendió al instante que la pregunta había sido despertada por su anillo.

—No, simplemente lo compré. No existe tal dama. Eso nunca sucederá.

Le quitó la mano del antebrazo. El

punto se rompió. Los músculos de su rostro se tensionaron. Sacó su reloj del bolsillo y miró la hora.

—Es tarde ya —le dijo.

—¿Por qué dice que nunca encontrará una dama para usted? —le preguntó ella, modulando la voz con ternura nuevamente.

Movió la palmatoria hasta ponerla más cerca de su rostro, intentando dilucidarlo.

Thomas pestañeó. Aquello pareció dejarlo un poco asombrado. Ese tipo de cuestiones de intromisión en las personalidades ajenas le correspondían a él, no a Marianne.

—Las probabilidades de éxito están en mi contra. Podría casarme con una mujer maligna sin saberlo, como hizo mi tío, y tener un mal fin, aún peor que la soledad. Podría elegir también a una mujer común y corriente, sin grandes aspiraciones, y esta acabar muerta por alguno de mis enemigos, que tengo bastante de ellos... O... lo peor... podría atrapar a una buena mujer, de esas que hay pocas, que esperase de mí más de lo que puedo dar, y volverla infeliz.

Sus palabras sonaron sinceras, y sus ojos le decían que hablaba sin un discurso inventado.

Ella apretó los labios y suspiró, en un gesto bastante infantil, sin premeditarlo.

Él entregó una sonrisa de costado, quizás algo divertido, y miró hacia el suelo, donde comenzó a hacer círculos con la punta de su bota.

—¿Está decepcionada?

¿Y ahora que respondería a esa pregunta tan directa? Y claro, con esa cara de jovencita casadera tonta que había puesto, qué más podía esperarse que una pregunta así.

—No sé si es una decepción. Pienso que es una lástima que no quiera casarse, y que tenga todos esos pensamientos tan oscuros, porque es un hombre muy noble.

—Quizás lo parezco...

—Lo es —le dijo ella, resuelta y convencida.

—¿Qué le dijo Cotter sobre mí el día de la cena?

—Ese hombre está un poco loco. Le sugiero que se mantenga alerta en su presencia —respondió Marianne, imitando burlescamente la voz de Cotter.

—¿Y qué le respondió usted?

—Que eso era falso; que usted no está loco ni es una mala persona.

Él dejó de jugar con su bota y se le acercó más, todo lo que le era posible antes de que chocaran.

Ella predijo un pronto contacto. Sentía que era inminente un acercamiento, y

entendía que Thomas finalmente demostraba hacia ella la misma extraña atracción que se removía en su interior.

Él comenzó a inclinar su rostro, solo un poco, para que las narices no chocaran. Se acercó a sus labios y le pudo sorber el aliento. Si la besaba se iba a derretir a paso más rápido que la vela que llevaba en la mano.

La rozó. Le lamió los labios y le pidió con ellos que diese espacio a su lengua. Ella le abrió las puertas. Las bocas se sincronizaron y se encontraron, las lenguas se frotaron y bailaron, y ella no fue capaz de mover ninguna otra parte de su cuerpo. El sabor y el calor de su saliva la mantenía evadida y anhelante de más contacto.

Entonces él le apoyó las manos en la cintura, sin apretarla demasiado, y acercó más la parte inferior de su cuerpo, de manera que sus caderas hubieran chocado de no ser por la ropa que los separaba.

Las manos comenzaron a deslizarse hacia abajo, como si resbalaran. Percibía con claridad la presión de las caricias, que la recorrían firmes, ávidas. Finalmente se detuvo sobre sus nalgas. Las apretó y las moldeó, como si quisiera recordar su forma.

Ella, sin saber muy bien qué hacer con sus manos, decidió que lo mejor era hacer lo mismo, así que llevó la mano que tenía libre sobre uno de sus glúteos

y lo palpó. No podía asegurar si el caballero llevaba o no calzoncillos, ya que las formas se distinguían a la perfección. El recorrido por esos músculos la llenó de sensaciones encantadoras. Quería avanzar más, en la dirección que fuera, recorrer más... trazar un mapa, sí, un mapa a supremo detalle. Dibujarlo luego... era buena para dibujar.

El caballero la asió con fuerza y la elevó un poco por las nalgas. Ella le ayudó en el movimiento, poniéndose en puntas de pie. A la altura de su bajo vientre sintió la presión del cuerpo masculino, sobresaliente y más candente que todos los otros lugares en los que contactaban. Eso tendría que tener algo

que ver con las difusas explicaciones que su madre le había dado sobre los actos íntimos que realizaban los maridos con sus esposas. Lo supo por la mezcla de gruñido y gemido que lanzó él cuando la tuvo más apretada. ¿Qué seguiría a continuación? Aunque ella elegía los ejemplares a cruzar, nunca le habían dejado ver a un padrillo dando servicio a una yegua. Sin embargo, en un paseo por el campo había visto a unos conejos... pero no... ellos no estaban de frente...

Le soltó las nalgas y permaneció en puntas de pie. Dejó de besarla. La miró como se mira lo añorado, lo deseado, lo luchado. No le sonrió. No lanzó una de esas sonrisas capaz de conquistarlo todo

con las que le gustaba jugar.

La miraba y la investigaba, pero ya no como antes. Ya no estaba distante. Ahora era un análisis con consecuencias para ambos, interesante por motivos personales y con forma de pregunta. Imaginó que los ojos de él, asombrados y expectantes, la interrogaban, y que era preciso decirle que sí, que todo ese cosquilleo era por él.

Le tomó la mano en la que tenía la vela y sopló. La llama se apagó. Excepto por la poca luz de la luna que entraba por la puerta y dibujaba un trapecio claro sobre el suelo, lejos de donde ellos se hallaban, no había más que oscuridad.

Sintió las manos de Thomas ubicadas en sus muñecas, recorriéndole el dorso de ellas hacia arriba, instándola a abrir los brazos, y así lo hizo, guiada con ternura. Deslizó los dedos por la cara interna de sus antebrazos y cuando se encontró con una acumulación de pliegues de ropa demasiado gruesa como para poder seguir con comodidad, bajó nuevamente.

—Sí, te deseo —le dijo ella, como si se le hubiera preguntado y luego de mucho batallar para que las palabras emergieran.

Él se detuvo por unos momentos y luego la volvió a besar, ahora de manera más vehemente y posesiva. La tomó por las manos y comenzó a caminar hacia

atrás, invitándola a seguirlo, y así lo hizo, sin que sus bocas se separasen.

Thomas chocó con la puerta de un cubículo vacío, y tuvo que detenerse allí. La acercó hacia sí, firme pero lentamente, quizás con miedo de que sintiera dolor por la herida que todavía cicatrizaba.

Luego comenzó a presionarla con sus manos, como si la planchara contra su cuerpo, desde la parte alta de la espalda, bajando lentamente hasta llegar otra vez a sus nalgas. En ese momento estaban casi pegados. Podía sentir su calor, que la traspasaba y la calentaba también.

Giró y la hizo girar con él. Quedó

atrapada contra la madera de la puerta del cubículo.

¿Qué iba a hacer con sus manos? No sabía qué hacer. Él utilizó las suyas para indicarle que se moviera un poco, que se fueran hacia dentro. Ella le hizo caso, conducida por un hechizo de deseo y admiración, y casi se dejó llevar como si patinara.

Sintió que él la apretaba más, que su cuerpo la reclamaba. Ella lanzó un gemido, un tanto ahogado por el beso que él no había discontinuado, como un agradecimiento por las sensaciones que le estaba haciendo descubrir.

Le libertó la boca, pero mantuvo sus labios cerca. Volvió a frotarse contra

ella. Lanzó otro quejido de placer, esta vez, con su boca libre, mucho más claro que el anterior.

Las bocanadas de aire que abandonaban rápidamente el cuerpo masculino, en una respiración acelerada, se estrellaban contra su hombro.

Thomas le tomó las manos entre las suyas y le hizo abrir los brazos, de modo que su cuerpo quedó formando una cruz. Se los acarició, contribuyendo a aumentar el deseo indeterminado que sentía por él, una urgencia de que se le proveyera un poco de agua para calmar el fuego. Pero esta vez, al encontrarse con la ropa continuó acariciando, y al concluir con el brazo siguió con sus pechos, donde se detuvo. Los tomó entre

sus manos pesándolos y memorizándolos, como había hecho antes con sus glúteos. Le abrió velozmente el salto de cama y volvió sobre ellos, esta vez a través de la leve tela de la camisa, que no podía ser muy gruesa porque se encontraban en temporada estival. Le emboscó la punta de los pechos entre sus dedos, frotándolos. La sensación fue muy intensa, y viajó por todo su cuerpo, haciéndola temblar durante unos instantes. Él debió darse cuenta, porque insistió en dar las mismas atenciones.

Un nuevo gemido de Marianne llenó el establo.

Aquellas sensaciones eran las más intensas que había vivido. Ya había

llegado demasiado lejos con él como para volver. Amaba al extraño de Thomas Ollerton y quería que la tomara allí mismo, en ese momento.

—¿Me hará suya? —dijo ella, empujada por el deseo y la necesidad de saber cómo iba a seguir aquello.

Pero la pregunta no causó los resultados deseados.



Lo había dicho y su locura se había disipado, solo lo suficiente como para comprender lo que estaba haciendo.

Se separó de ella violentamente,

poniendo una distancia de más de un metro. Luego se llevó las manos a la cabeza, gesto que no podía verse en la oscuridad.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, desde algún lugar del frente, con la voz todavía sedosa.

¿Qué sucedía? Que tenía la sangre disparada y el miembro como una roca. Si no se obligaba a separarlos por un espacio prudente, iba a recaer. Si sus palabras no la hubieran salvado, la hubiese hecho suya. Sí, ya estaba deseando agarrar la camisa de dormir entre los nudillos y tirar de ella, y adentrarse allí. La pregunta los había salvado. Bendita pregunta.

Claramente su cuerpo, que aún la deseaba, no pensaba lo mismo. Su boca todavía jugaba con el sabor de esos labios y su olfato recordaba el aroma de ese pelo, mezcla de su fragancia personal con algo de jabón. Su piel era tersa y caliente, y era testigo de cómo había aumentado de temperatura mientras la tocaba. ¿Por qué le respondía así? Ninguna mujer debía enamorarse de alguien como él. Marianne se merecía a otro hombre. Uno que pudiera comprenderla. Uno que fuera mejor que él, que hubiera tenido menos desilusiones, que hubiera vivido menos. Él ya no tenía luz. Él la haría infeliz y ella no se lo merecía.

—¿Sigue ahí? —escuchó que

preguntaba ella.

Sus manos lo encontraron.

Seguramente había estado tanteando. Las dejó sobre su pecho.

Él las tomó por las muñecas y se las quitó rudamente.

—Se terminó.

—¿Por qué? —preguntó ella, y el sonido de su voz lanzaba muchos otros interrogantes.

—Porque esto es una locura, algo que nunca va a funcionar.

—¿Por qué?

Marianne encontró en la oscuridad uno de sus antebrazos y lo tomó, intentando establecer contacto

nuevamente. Él se apartó más.

—No me toque, por favor. La locura ya pasó y ahora somos de nuevo una dama y un caballero.

—¿Sí? ¿Por decisión de usted?

—Exacto.

—¿Y qué pasa si a mí no se me pasó la locura?

¡Qué criatura! Claro que a él tampoco se le había pasado. Si seguía insistiendo iba a volver a lanzarse sobre ella, porque su fortaleza era moderada. Su pasión no se había apagado y sentía tantas o más ganas de perder el juicio que ella.

—¡Váyase ya! —le gritó él, con

rudeza—. Nunca debió venir.

Se sintió el sonido del crujir de las maderas cuando ella abrió un poco más la puerta del cubículo en que se encontraban y se marchó.

La cabeza de Thomas emergió de aquel sector para mirarla.

Afuera había comenzado a clarear. La vio alejarse. Regresaba a su casa corriendo. El salto de cama de color carmín, que él antes había desprendido, rebotaba en el aire al ritmo de sus pasos.

Si no encontraba un modo de detener aquello, ambos serían la perdición del otro.

Si te gustó...

Si te gustó esta novela, puedes adquirirla en Amazon.

Si estás en América, excepto en México, [aquí](#).

Si estás en México, [aquí](#).

Si estás en España, [aquí](#).

Biografía de la autora



Dorothy es el nombre de pluma de una escritora argentina que imagina el paraíso como una biblioteca y que, como todos los lectores, adora el olor a

libro.

Fue ganadora del Concurso de relatos del II Encuentro de Novela Romántica en Tarifa, España.

Escribe y lee en grandes cantidades desde que comenzó a comprender las letras. Compuso su primer poema a los nueve años, sobre una hoja de diario personal, y desde ese momento no ha dejado de escribir.

Su principal pasión en la actualidad es la creación de novelas románticas (con interés especial en el período de la Regencia Inglesa).

"Hasta que me odies" fue su primera novela y se transformó en *best seller* de su categoría en Amazon durante varios

meses. Ahora, en "**El perfume de la esperanza**", aborda la historia de uno de los personajes más picantes que nos había dejado la anterior: Thomas Ollerton.

Puedes conocer más sobre ella y leer algunas de sus obras de modo gratuito en su sitio

web: <http://dorothymccougney.com>.

Si quieres estar al tanto de sus publicaciones y otras novedades, no dudes en seguirla

en [Twitter](#), [Facebook](#) o [Google+](#).

Tabla de contenidos

[Portada](#)

[Título](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Biografía de la autora](#)

[Si te gustó...](#)



